1406

ANTONIO DOMÍNGUEZ

EL BUEN ESPAÑOL

COMEDIA EN TRES ACTOS

▫ ORIGINAL Y EN PROSA ▫

Copyright,
by Antonio Domínguez,
1914

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
Calle del Prado, 24.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elbuenespaolcome1488domn

ANTONIO DOMÍNGUEZ

EL BUEN ESPAÑOL

COMEDIA EN TRES ACTOS

▫ ORIGINAL Y EN PROSA ▫

Teatro de la Comedia.

Madrid, 24 Noviembre 1914.

Imp. de Jesús López
Hita, 6.-Teléfono 2.461

REPARTO

Matilde, *Pérez de Vargas*
Doña Patro, *Alba*
Adoración, *Carbone*
Nemesia, *Garcés*
Doncella, *Caloo*

Juan, *González*
Marqués de Benafarces, *Bonafé*
Fermín, *Asquerino*
Cruz, *Romea*
Romero, *Zorrilla*
Teodoro, *Valle*
Don Gil, *Caba*
Gómez, *Moreno*
Luisito, *Riquelme*
Mendieta, *Insúa*
Un procurador, *Muñoz*
Un cliente de Juan, *Rasche*
Otro cliente, *Pando*
Segundo apunte, *Salas*

DERECHA É IZQUIERDA,
DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Despacho de abogado. Al foro gran puerta vidriera lo separa de otro despacho para el escribiente. Otra puerta á la izquierda, primer término, y dos á la derecha.

ESCENA PRIMERA

DOÑA PATRO

Leyendo periódicos.

Aquí... *Lee.* «Defensor: ¿Es cierto que ya había »usted visto á los seis niños de Gutiérrez, á pesar »de lo cual se contentó usted con matar á los tres »mayores? Acusado: Ciertísimo; pude matarlos á »todos, pero... ¡me acordé de los míos!» *Continúa hojeando los periódicos.* ¡Su retrato! ¡Vaya un hombre que se lleva la señorita Adoración! *Lee.* «El señor Álvarez Mas *Suena un timbre* nos hace soñar en glorias para el foro español, hoy tan necesitado de renovar laureles. *Vuelve á sonar el timbre.* Su

verbo fácil, su clara inteligencia, la fogosidad de su comunicativa convicción...» *Suena nuevamente el timbre.*

ESCENA II

DOÑA PATRO, FERMÍN, NEMESIA, según se indique.

DOÑA PATRO

¿Pero, esta chica, por qué no sale á abrir? *Preséntase izquierda* FERMÍN, *de viaje.* ¡Fermín, señorito Fermín!...

FERMÍN

¡Señora Patro!...

DOÑA PATRO

Á NEMESIA, *que entra detrás de* FERMÍN *por la izquierda.*

Vamos, muchacha. Pero ¿qué haces? Parece que estás boba... Cógele las maletas. NEMESIA *se lleva el equipaje de* FERMÍN *por la primera derecha, y vuelve.* ¿Y mamá y los hermanitos, buenos, eh?

FERMÍN

Bien todos.

DOÑA PATRO

No habrá usted desayunado.

FERMÍN

No.

DOÑA PATRO

¿Café..., un tazón, con tostada? *Signos afirmativos de* FERMÍN. *Á* NEMESIA. Anda, baja por la manteca, que esté fresca... Á la tienda, no; á la mantequería. *Mutis* NEMESIA *izquierda.* Llamaré al señor.

FERMÍN

No, déjele usted.

DOÑA PATRO

¿Por qué no ha avisado usted, que hubiera bajado á la estación?

FERMÍN

¿Por la mañana?... ¡Qué crueldad! No quisiera incomodarle sino lo extrictamente necesario.

DOÑA PATRO

¡Á su hermano!

FERMÍN

¡Pues, por eso! ¿Á quien más quiere uno es precisamente á quien ha de molestar más?

DOÑA PATRO

¿Y esas máquinas que había usted llevado para el campo?...

FERMÍN

Á eso vengo, á hablar con el jefe de la casa alemana.

DOÑA PATRO

Dan buen resultado, ¿eh?

FERMÍN

Vamos marchando... Ahora, con el Banco Agrícola, á fuerza de trabajar...

DOÑA PATRO

Usted siempre sobre el yunque...

FERMÍN

Siempre sobre el yunque, señora Patro.

DOÑA PATRO

Pase usted, pase usted, señorito Fermín. *Mutis ambos primera derecha.*

ESCENA III

TEODORO. Al principio, NEMESIA.
Después, DOÑA PATRO

NEMESIA

Sale por la izquierda, dirigiéndose á la primera derecha; pero suena el timbre y al oirlo retrocede hasta desaparecer por la izquierda, saliendo al momento seguida de TEODORO.

Ya voy, ya voy; ni me dejan llevar esto.

TEODORO

Contemplando cerrada la puerta segunda derecha.

¿En la cama, eh?

NEMESIA

¡Claro!

TEODORO

Indíquele usted á doña Patro que le llame, que va á ser la hora de consulta.

NEMESIA

¡Sí, la de todas las mañanas! *Mutis primera derecha.*

TEODORO *saca de una librería, cajón ó repisa, unos manguitos de escribiente, arregla papeles y libros, y se dirige á la mesa del despacho posterior.*

DOÑA PATRO

Por la primera derecha.

¿Qué dice usted, que yo le llame?

TEODORO

Sí, señora.

DOÑA PATRO

Pues, no, señor; llámele usted, que es más natural que á un caballero entre á despertarle otro.

TEODORO

¡Dale! Pero, ¿no es á usted á quien le deja encargado por las noches?...

DOÑA PATRO

Sí; pero, ¡cualquiera le cumple el encargo por las mañanas!

TEODORO

Al pronto, sí le da coraje; pero, luego lo agradece...

DOÑA PATRO

Pues, ande usted, y le dice que está aquí su hermano.

TEODORO

Usted, usted...

DOÑA PATRO

No, usted...

TEODORO

Viendo moverse la puerta segunda derecha.

¡Eh!... Se abre la puerta... ¿Es posible?

DOÑA PATRO

¡Sin llamarle!

ESCENA IV

DOÑA PATRO, JUAN, por la segunda derecha, TEODORO

JUAN

Buenos días, Teodoro, señora Patro.

DOÑA PATRO

Muy buenos, don Juan. Ahí está el señorito Fermín.

JUAN

¡Ah!, mi hermano; sin avisar... ¡Qué muchacho! Se creen que para mí es un arco de iglesia levantarme pronto. *Mutis primera derecha.*

TEODORO

¡Aterrador, indescriptible!

DOÑA PATRO

¡Algo pasa aquí!

TEODORO

¡Levantarse él sin entrar seis veces á llamarle; sin estar ese recibimiento como la plataforma de un tranvía en día de lluvia, y la gente más desesperada que en la antesala de un dentista! ¿Qué es esto, señora Patro?

DOÑA PATRO

¡No sé, no sé; sí, ya sé lo que es!... La novia.

TEODORO

¿La novia?...

DOÑA PATRO

Esto es que irá á venir hoy la señorita Adoración, con su padre, que ya don Juan me lo venía

anunciando hace días; y hoy será el acontecimiento.

TEODORO

¿Sí, eh?

DOÑA PATRO

¡Pocas ganas que tendrá la muchacha de pasar los ojos por todo esto y por lo de adentro, observar y fisgar bien dónde vive su prometido, la casa, cómo están los muebles, las puertas, qué retratos hay..., un detalle cualquiera! Ustedes no saben lo que las mujeres descubrimos por una pequeñez que ustedes ni han visto.

TEODORO

Sí, son ustedes muy listas.

DOÑA PATRO

Será usted el primero que niegue lo reparonas que somos las mujeres.

TEODORO

Sí; muy perspicaces, demasiado. ¡La mía!... Una vez que me salió ir en casa de una duquesa á escribir cartas, tuve que dejarlo, porque descubrió, según ella, que el empleo era un tapujo y que la duquesa me quería.

DOÑA PATRO

Y ¿no era verdad?

TEODORO

¡Ojalá, Dios! ¡Por mí, por mi misma mujer y por nuestros hijos!...

ESCENA V

DOÑA PATRO, JUAN, FERMIN, TEODORO

JUAN

Por la primera derecha, con FERMÍN.

Y mamá, ¿dices que muy fuerte, eh?

FERMÍN

Como nunca.

JUAN

Pero, no me canso de mirarte y admirarte. ¡Traerás revueltas á todas las muchachas del pueblo! Sobre todo..., ya me entiendes, á las del Encinar, que se revuelven con agitarlas poco.

FERMÍN

No, no creas que doy que hablar en el pueblo. ¡Estando la ciudad tan cerca!

JUAN

Admirable filosofía, para un hombre de cuarenta y tantos...

DOÑA PATRO

No, al señorito Fermín no se le critica en el pueblo, según noticias que tengo yo. Por formal, si acaso...

JUAN

¿Lo ves? También por formal critican; pierdes el tiempo.

FERMÍN

Pero vivo tranquilo.

JUAN

Pero, señora Patro, ¿qué balumba de periódicos es ésta? Retire usted, retire usted en seguida todo eso.

DOÑA PATRO

Obedeciendo.

Son los que hablan de usted.

JUAN

¡Ah!, del juicio de Aranjuez. Gracias por inte-

resarse; pero deje usted esto limpio, impecable; y toda la casa, con especial esmero, que no haya detalle ingrato. Usted, Teodoro, esta mesa...

DOÑA PATRO

Es verdad, ¡qué asco de polvo!

PATRO *recoge los periódicos y se va por la izquierda.* TEODORO *limpia la mesa y coloca todo en orden.*

FERMÍN

Que ha hojeado uno de los periódicos.

Oye, esto de Aranjuez parece que ha tomado vuelos; puede servirte...

JUAN

Muchísimo. He trabajado... ¡No sabes!... El procesado es un tipo muy interesante, un impulsivo; ¡pobres enfermos!... Dejaría de ser hombre si consintiera impasible que castigasen á un desgraciado loco, un exaltado, como ése, que mata por necesidad, como una máquina que arrolla con un engranaje, que dispara el revólver con el mismo irresistible movimiento con que aparta la mano el que se siente quemado. He estudiado con ahinco, con fervor, he ido á los manicomios, he consultado cien autores, procesos archivados, ¡qué sé yo!... ¡Oh, pero me compensa la esperanza de salvarle! Pero, escucha, ¿te parece que esto

presenta agradable aspecto? ¿No está mal, eh, este punto de vista; para una persona que entre, desde aquí?...

FERMÍN

¿Esperas á alguien...?

JUAN

Á mi novia, que vendrá hoy, con su padre, á ver mi casa por primera vez.

FERMÍN

¡Ah!; traigo para ella un recuerdo de nuestra madre, el aderezo de la abuela.

JUAN

¡Pobre mamá! ¿Y ha consentido en separarse de él?

FERMÍN

¡Ya ves!... Pero, como sabe lo enamorado que estás de Adoración...

Sale NEMESIA *por la izquierda, entregando una carta á* JUAN, *y desaparece por el mismo lado.*

JUAN

¿Enamorado?... ¡Es poco, Fermín! No puedo explicártelo, porque tú no has sentido de seguro

nada que ni se le parezca en lo más remoto. Es decir, yo no soy ya un hombre; en mi corazón, en mí todo, no viven más que dos cosas: una mujer, y un bufete para ella. *Después de leer la carta.* ¡Hombre, qué fastidio!

FERMÍN

¿Qué?

JUAN

Un abogado y periodista que me anuncia vendrá á hablarme ahora, á las horas de consulta...

FERMÍN

Entonces, menos mal; no te quita tiempo.

JUAN

Es que vendrá á hablarme de cualquier cosa que no será del bufete, ¡claro!; y me quita ó de entregarme á mis pleitos ó de atender á Adoración. *Oyendo la voz de* ADORACIÓN. ¡Es ella! Voy yo mismo á recibirla.

FERMÍN

Y yo por el aderezo.

Mutis JUAN *izquierda.* FERMÍN, *primera derecha.* TEODORO *retírase foro, á su despacho.*

ESCENA VI

ADORACIÓN, DON GIL, JUAN, FERMÍN

JUAN

Con ADORACIÓN, *izquierda; detrás,* DON GIL,

¡Oh, Adoración, mi Adoración!... Aquí tienes, aquí tienes el purgatorio en que espero me eleves á tu gloria. *Sale* FERMÍN *primera derecha, con el aderezo. Presentándole.* Mi hermano.

DON GIL

¡Ah, Fermín! ¡Cuánto nos ha retrasado usted la satisfacción de conocerle!

JUAN

Pero, ¿de usted va á llamarle, don Gil?

DON GIL

Bueno, te tutearé, muchacho, si me lo permites.

FERMÍN

No faltaba más, don Gil, satisfechísimo...

JUAN

Guapo chico, ¿eh? Es, más que hermano, mi

hijo; hijo de un padre que le lleva seis años, pero que le ha hecho siempre andar derecho, aunque haya habido que encargar á la mano lo que la voz no hacía respetar. ¿Me guardas rencor?

FERMÍN

Agradecimiento.

JUAN

Pero, no sé como ha sido que me ha resultado un ser absurdo, me ha dejado en ridículo como educador; supónganse ustedes que va á las citas á la hora fija, apunta lo que gana y lo que gasta, contesta las cartas y devuelve los libros... ¡Después de tantos desvelos!... ¿Á quien habrá salido este muchacho?

FERMÍN

¡Por Dios! Traigo para usted este recuerdo de mi madre. *Entregando á* ADORACIÓN *el aderezo.*

ADORACIÓN

¡Oh!, muy amable... ¡Ay, que preciosidad! Papá, mira; ¡un encanto de aderezo!

DON GIL

Sí parece cosa antigua.

ADORACIÓN

¡Lo menos, tiene un siglo! ¡Qué hermosura! Mira; los pendientes tan largos y estos diamantes del imperdible montados en plata, como ahora se vuelven á usar, y los de la sortija formando rosa... ¡Todos tan escondiditos, como antes!...

DON GIL

Sí, lo mismo que violetas...

ADORACIÓN

Y no como ahora, exhibiéndose con tanta soberbia, montados al aire. ¡No sabe usted cuánto se lo agradezco! ¡Su madre de usted debe de ser tan buena!

JUAN

El entregarte mi madre estas galas, que fueron de la suya, ¡no sabes cuánto supone para ella!

ADORACIÓN

¡Ah, sí, sí, lo comprendo!

DON GIL

Por FERMÍN *y* ADORACIÓN

Pero, muchachos, debéis tutearos.

ADORACIÓN

Papá, ¿tan pronto?

JUAN

Yo creo también que sí.

DON GIL

Naturalmente; sois hermanos, políticos pero hermanos. Los hermanos se tutean, aunque sean políticos.

FERMÍN

Aun no somos sino futuros hermanos.

ADORACIÓN

Eso es, futuros... hermanos.

DON GIL

Oye, afortunado yerno, tienes que reñirle.

JUAN

¿Yo?... ¿Reñirle...? ¿Sería posible?...

DON GIL

¡Suponte que. . tenía reparo en venir aquí!...

JUAN

¿Por qué?

DON GIL

Porque dice que ésta es tu *garçonnière.*

JUAN

¡Oh!, me ofende la palabra. Esta casa, sólo con sospechar yo que podrías un día venir á ella, la convertí en un templo; y, en todo caso, tu presencia la hubiera purificado.

ADORACIÓN

Sí, sí; tu casita de soltero... No me niegues que una muchacha debe ir á la casa que se está poniendo para vivir de casados; pero, ¡á la habitación del señorito!...

JUAN

¡Vamos, Adoración; me haces sufrir!

ADORACIÓN

¿Por qué? ¡Si estos mismos escrúpulos te muestran cuánto te quiero. Precisamente, porque te quiero como se debe querer, quiero también mantenerme para tí sin la sombra de una ligereza.

JUAN

No sé si me convencen tus razones, ó tus ojos.

FERMÍN

Y ¿cuándo, don Gil, cuándo le vemos á usted por el Supremo?

DON GIL

¡Oh, dicen que soy muy joven todavía!

FERMÍN

Sí que es usted joven, pero yo creo que es una ventaja.

DON GIL

Pero, como estoy tan sano...

FERMÍN

Razón de más.

DON GIL

¡Quiá, no lo creas! Buscan enfermos, incurables si puede ser. De ese modo, sirven á uno, y al poco tiempo quedan en disposición para servir á otro. Conocí yo á un ministro que, antes de ascender á cualquier magistrado, como quien no

quería la cosa, le presentaba á su médico, que le tiraba de la lengua, para ver los achaques...

JUAN

Pues, papá suegro, ¿por qué no simula usted una enfermedad?

FERMÍN

Eso es; como los que quieren librarse del servicio.

JUAN

Á ADORACIÓN.

Esto, como habrás notado, tiene poco que ver; y lo demás, lo mismo. En esta casa nada hay interesante sino tu retrato, y los papeles por lo que significan para nuestro hogar futuro. Pasa; míralo todo bien; fíjate en los muebles, que serán parte de los que te pertenezcan, y vete ya formando tu proyecto de composición de casa. ¿Vamos?, señores. ¿Pasamos primero?; bien, obedecemos.

Mutis, primera derecha, ADORACIÓN *y* JUAN.

DON GIL

¿No te da envidia?

FERMÍN

Mucha.

DON GIL

Pues yo me sonrío, como el veterano del quinto cuando entra en el cuartel.

FERMÍN

¿Usted no aconseja el matrimonio?

DON GIL

Casada ya mi hija, no señor, á nadie. ¿Para qué causar males inútiles? Y eso que yo he saboreado todos los gustos del matrimonio: me casé, enviudé, tuve sólo una hija, que me vive, y la caso... Pero, ¡veintiocho años entre casado y viudo! ¡Desde casi imberbe!... Compadécete de un niño de cincuenta y tres, que nunca ha sido libre.

FERMÍN

Así es que ahora, que se va usted á ver solo, ¿no habrá temor á una reincidencia?

DON GIL

Me ofendes con la duda. Cuando era juez de entrada, sí, muy bien; pero, ahora, en ciudades grandes...

FERMÍN

¡Ya, ya!

DON GIL

¡Había para estar loco!

Mutis ambos, primera derecha.

ESCENA VII

TEODORO, GÓMEZ

GÓMEZ

Apareciendo por la izquierda, á TEODORO.

¿Y tu amo?, que tengo prisa.

TEODORO

Saliendo de su despacho.

Tendrá usted que aguardar, que no está en disposición ahora.

GÓMEZ

Pero ¡si son las horas de despacho!...

TEODORO

Pues, no sé qué le pasa, que á estas horas nunca se le encuentra en disposición.

GÓMEZ

¡Qué formalidad, qué arreglo!

TEODORO

¡Trabaja mucho, eh!...

GÓMEZ

Pero no á sus horas. ¡Buen modo de hacer bufete! La que digo yo: los abogados del día... Antes...

TEODORO

Sí; cualquier tiempo pasado...

GÓMEZ

No, tiempo pasado...; sino que es la verdad. Cuando yo vine á Madrid, había cien escribanos, ¡ciento! ¡Diez por distrito! Daba gusto... Yo era un oficialillo de lo criminal, y, lo poco que he hecho, entonces lo hice. Y ahora ¿de qué me sirve ser el pasante y asociado de un procurador de fama? Y es que no hay pleitos; al que le piden mil duros, da dos mil, aunque no los deba, porque no le lleven al Juzgado; y, si es en lo criminal, ¡á morir, por Dios! Yo no sé qué hacen los señoritos, que no cometen un delito decente. Y si alguno empieza á tiros con su mujer, ó lo que sea, ya ha consultado antes con un abogado cómo y cuándo tiene que matarla... ¡Total, que, para nosotros, nada! Tu amo, aun podría vivir..., pero no vivirá.

TEODORO

¿Que no?

GÓMEZ

¡Quiá! Es muy ¡viva la Virgen!, como somos todos los españoles; todo se le va en proyectos, y no tiene asiento, ni paciencia para nada. Quiere hacer muchas cosas á la vez, y á cada paso cosas distintas, y... ¡no puede ser!

TEODORO

Pero, ¿y ese talentazo?... Acuérdese usted de cómo defendió á aquél que mató á su padre para librarse del servicio por hijo de viuda.

ESCENA VIII

DICHOS, ADORACIÓN, JUAN, DON GIL, FERMÍN

JUAN

Saliendo con ADORACIÓN, *por la segunda derecha. Detrás,* FERMÍN *y* DON GIL. TEODORO *se retira á su despacho.*

Como ves, todo ello poco interesante. ¡Hola, Gómez! ¿Ya viene usted en contra mía?

GÓMEZ

Á su favor, á su favor siempre, don Juan, hasta

en los pleitos en que somos contrarios. Á ver si me echaba usted estas firmitas... JUAN *firma dos ó tres escritos que le presenta* GÓMEZ. Y á recogerle á usted las cuartillas interponiendo el recurso...

JUAN

¿El recurso?... ¡Ah!, no está. ¿Quién piensa en eso todavía?

GÓMEZ

¡Si vence hoy!

JUAN

Pues por eso... ¡De aquí á las doce de la noche!

GÓMEZ

¿Y copiarlo?

JUAN

En una hora.

GÓMEZ

Los apresuramientos, don Juan...

JUAN

Sin apresurarse... Pero, para que se le vaya á usted el susto, vuelva usted por él dentro de una hora ó de hora y media.

GÓMEZ

Antes, antes estaré. ¡No deje usted de tenerlo hecho!, ¿eh, don Juan?... Hasta luego; perdóneme. No deje usted de tenerlo. *Mutis izquierda.*

ESCENA IX

ADORACIÓN, JUAN, DON GIL, FERMÍN

JUAN

Aproximándose á ADORACIÓN, *que, un tanto separada de su padre y* FERMÍN, *examina embelesada el aderezo.*

Veo que te ha gustado de veras.

ADORACIÓN

Inmensamente. Estas joyas de un siglo, esta reliquia me lleva á pensar en tu madre, en la tranquilidad de los pueblos...

JUAN

Sí, te transporta al silencio de la aldea, y piensas que es una cosa como sagrada, de una grandiosidad...

ADORACIÓN

Eso que dices, eso.

JUAN

¡Ah!, pero ¡ya te aburriría vivir en pueblo!, ya.

ADORACIÓN

¡Aburrirme!... ¿Contigo?... ¡Qué cosas me dices! Lo que aburre ó lo que encanta es el marido, los hijos, lo que rodea... ¡Lo de la calle, qué más da!

JUAN

¡Sí, sí; el hogar, los hijos!... Tienes razón; ¡el hogar!...

FERMÍN

Pero, en nuestro pueblo, ni calles hay; son dos ó tres caminos, y á los lados montones de tierra con agujeros que llaman puertas y ventanas. Dicen que eso son casas, pero aun no está suficientemente demostrado; y, ¡vea usted!... Yo le tengo cariño...

ADORACIÓN

Pues, si no hay calles, pongamos, donde he dicho «lo de la calle», «lo de fuera de casa», y es igual.

JUAN

¡Ah!; ¿y vivirías á gusto conmigo, aislada,

acostumbrada como estás con tu padre á viajar frecuentemente, á visitar las ciudades más hermosas?

ADORACIÓN

No creas..., que me deja en el cuarto del hotel, y él se va por ahí, á ver las cosas antiguas...

DON GIL

No, y las modernas también; todo.

FERMÍN

Así es que ustedes, como un matrimonio sin hijos; al tren, y... ¡ancho es el mundo!

DON GIL

Sí; en cuanto me hicieron magistrado, como ya no hay nada que hacer, he procurado airearla; y, en efecto, en algunos lados nos han tomado por marido y mujer; á lo menos, así me lo han dicho... Bueno, es que ¡también hay camareros muy aduladores!

FERMÍN

No; es que al verlos á ustedes solitos, tan juntos, tan cariñosos...

ADORACIÓN

Pues, á pesar de eso, de veras han creído que éramos matrimonio.

JUAN

Padre, voy á tener celos de usted.

DON GIL

Suponte si la querré, y ella á mí; ¿no, chiquitina? Ella, hija única; yo, su padre único, porque mi pobrecita Adoración murió cuando este angel tenía muy pocos años... ¡Ha sido toda mi vida!

ADORACIÓN

¡Ay, papá! ¡Por eso quizás te has aburrrido tanto!

ESCENA X

DICHOS, DOÑA PATRO, por la izquierda.
Después, TEODORO

DOÑA PATRO

Entregando á JUAN *una tarjeta.*

Este señor, que dice que ha avisado, por carta, que vendría; y mucha más gente que hay esperando.

JUAN

¡Ah, sí!...

FERMÍN

Aquí tiene usted á la señora Patro, que le puede dar detalles del pueblo.

DOÑA PATRO

¿El pueblo, el nuestro? ¡Si no se merece que la señorita hable siquiera de él! Yo, en cuanto ví tanto así de luz, me largué á Palencia á poner hospedería para los escolares, y luego en Madrid casa de huéspedes, que á la madre de don Juan se lo debo.

JUAN

No se acuerde usted de eso.

DOÑA PATRO

¡Eso es decirme que deje de ser bien nacida!

JUAN

Mi madre la quiere tanto, que á mí á su lado me parece que es mi propia madre quien me cuida. Por eso la hice quitar la casa de huéspedes, para venir á la mía de ama de llaves.

DOÑA PATRO

Sí; yo también estoy aquí... ¡Supónganse ustedes! Pero si ahora, al casarse, la señorita comprende...

ADORACIÓN

¡Ay, no, no; seguirá usted con nosotros! ¡Bueno fuera!...

DOÑA PATRO

Gracias, señorita. No hubiera querido separarme de él; con tantas veces como le he tenido en las rodillas...

JUAN

Y ahora, no quiere tutearme.

DOÑA PATRO

¡Ah!, no, no; no faltaba más. ¡Y las veces que le he tapado, ya de mocito, que hasta le he curado en mi casa descalabraduras, que se las hacían los otros muchachos, cuando le empezó á dar á usted la idea por ser militar!...

JUAN

¡Ah, sí!

DOÑA PATRO

¡Y jugar á las guerras!...

ADORACIÓN

Sí, porque tú llegaste hasta á estar en la academia militar.

JUAN

Sí; en todas. Vamos, me he estado preparando para los tres cuerpos; un año en Toledo, otro en Guadalajara...

DOÑA PATRO

Y cuando esperábamos en el pueblo verle aparecer con la espada, se nos presentó con la toga.

JUAN

Sí; yo entonces soñaba con batallas gloriosas, banderas desplegadas y ruido de tambores, imperios conquistados, triunfos y trofeos... Ahora, al recordar aquellas locuras sangrientas, me sonrío, y á veces me estremezco... Un día, ví mi verdadero camino, y me hice abogado; ¿por qué matar?, ¡defender á los hombres!, librarlos de la iniquidad, levantar de encima de un desdichado la losa de la acusación que le aplasta!

DOÑA PATRO

Pero, señorito, ¿qué le digo á ese caballero?

JUAN

¡Ah, sí...! Que vuelva.

TEODORO

Que, durante esta escena, ha salido de su despacho, desapareciendo por la izquierda. Saliendo ahora por este lado.

Tenga usted en cuenta, don Juan, que es la hora de consulta, que hay mucha gente y que, si no recibe usted á ése, de todas maneras tendrá usted que recibir á otros. *Á* PATRO. No le diga usted nada. *Mutis* PATRO, *izquierda.*

JUAN

Pero ése no vendrá á nada del bufete, y además me priva de estar contigo, ¡contigo!...

ADORACIÓN

Pero, ¿es persona á quien debes consideración?

JUAN

Eso, sí.

ADORACIÓN

Recíbelo, entonces.

JUAN

¡No me quieres como yo á tí!

ADORACIÓN

Porque te quiero, te aconsejo...

JUAN

Sí, sí; tienes razón. ¡Siempre tienes razón! Le recibiré, pero le advertiré que no dispongo de un minuto... ¿Esperas aquí?

ADORACIÓN

Aquí, no, Juan...

JUAN

Bien, bien; sí, tienes razón. Podemos hacer una cosa: ¿Vas tú con ellos?

FERMÍN

Sí, desde luego; deseosísimo de...

JUAN

Pues, de aquí, por Recoletos, á la Castellana. Yo me reuniré con ustedes; antes de que llegen, procuraré estar yo. Quiero que comamos juntos, que no nos separemos en todo el día...

DON GIL

Á FERMÍN.

¡Buena nos espera, muchacho!...

FERMÍN

Sí, sí...

JUAN

Por aquí, ven.

Mutis izquierda, ADORACIÓN, JUAN, DON GIL y FERMÍN.

TEODORO

¡No sé por qué se me figura que el recurso se queda hoy sin interponer!

Retírase á escribir en su despacho,

ESCENA XI

JUAN, CRUZ. Al final, cuando se indica, TEODORO, NEMESIA y MATILDE, éstas por la izquierda.

JUAN

Con CRUZ, *izquierda.*

Pase usted, querido...

CRUZ

Debe usted de estar muy atareado...

JUAN

¡Oh!, perdone usted; pero es que es imposible...

CRUZ

¿Cree usted que el ver tan concurrido su despacho no me indemniza de esta corta espera?

JUAN

No me queda ni un solo minuto...

CRUZ

En ese caso...

JUAN

¡Ah!, no; le oiré á usted con mucho gusto. Siéntese.

CRUZ

De pié, ¿por qué no? La señorita Matilde Guerra, á quien seguramente ha aplaudido usted alguna vez en el teatro, necesita un abogado.

JUAN

Y ¿cómo no la defiende usted?

CRUZ

No la quiero tan mal.

JUAN

¡Oh, por Dios!

CRUZ

Y, además, yo no ejerzo hace tiempo, ¿nò lo sabía usted?

JUAN

No, creí que usted continuaba...

CRUZ

No, yo no me hice cronista de tribunales para fundamentarme un bufete; hace años que soy periodista, y nada más. Le he indicado á usted, y ahora iba á venir para que yo la presentase; pero, en vista de lo atareado que le veo, otro día...

JUAN

No, no; ¿dice usted que un pleito?...

CRUZ

Sí.

JUAN

Y ¿tardará esa señorita?

CRUZ

¡Oh, mucho, no! Pero, de todos modos, yo puedo aguardar en la antesala.

JUAN

¡No faltaría otra cosa! Adoptaremos, si á usted le parece, un término medio; esperarla diez minutos, y, si no viene, me permite usted que me entregue á los demás clientes.

CRUZ

Aceptado.

JUAN

Ahora recuerdo que usted, además de redactor de tribunales, es crítico teatral.

CRUZ

Sí; «ni reconocí sagrado...» Por eso conozco á Matilde Guerra; es una criatura atrayente, por la que usted de seguro, aunque sólo haya sido por unos minutos, se habrá sentido alguna vez interesado.

JUAN

Sí, en efecto; la he aplaudido más de una vez.

CRUZ

Creo que se trata además de otro asunto delicado que ella le explicará, de una herencia que en efecto...

JUAN

¡Bah!, no haga usted caso; todos los españoles contamos con una herencia que nos corresponde y que nos tienen detentada. Y es que, para heredar nosotros, contamos á los primos como hermanos, y, para que hereden los demás, los hijos se nos figuran sobrinos.

CRUZ

¿Sabe usted lo que estoy pensando?

JUAN

Usted dirá.

CRUZ

Que ¿por qué no había usted de escribir para el teatro?

JUAN

¿Yo? ¡Qué locura! Porque vaya á ser abogado de una actriz, no me irá usted á juzgar capacitado para ser autor dramático.

CRUZ

No, no es por eso; me lo han sugerido las sesiones de la causa de Aranjuez, por la cual le felicito.

JUAN

Muchas gracias.

CRUZ

Usted, que hace nacer esas corrientes galvánicas del banco del acusado al sillón de su juez y del estrado al público, puesto á crear una obra teatral, ¡qué descarga no haría usted caer de la escena al patio!

JUAN

¡Hombre, por Dios, qué ocurrencia tan extraña! ¿Cómo ha podido usted idear?...

CRUZ

Porque yo, aunque no soy viejo todavía, soy—no se ría usted de mí—un patriota; quizás el último patriota entre los hombres de nuestra edad, y mi pensamiento más noble se encamina á señalar á los grandes españoles caminos anchurosos, prohibirles que cruelmente limiten sus amplias inteligencias á un campo acotado, á una cosa sola, que permanezcan tapados por un techo que diga: «No te eleves de aquí, aquello ya no es de tu arte.» Yo haría, por ejemplo, de los buenos autores dramáticos españoles, catedráticos educadores de multitudes; á los hombres de ciencia los haría dirigir industrias apropiadas...

JUAN

¡Ah!, eso es verdad. Trazar á un espíritu poderoso un círculo, por amplio que sea, tras el que se le dice: «No pasarás», es amputarle, deformarle... ¡El espíritu superior debe llegar á todo y sellarlo todo con su gracia! Sí, sí; presenta usted la cuestión en un aspecto muy interesante... Pero, eso no reza conmigo, pobre abogaducho.

CRUZ

¡Ah!, no le consiento á usted que se maltrate.

JUAN

Claro que por una consideración análoga abandoné yo las carreras militares; abatir la inteligencia, la voluntad, el espíritu todo ante un estrella más... ¡Nunca!

CRUZ

No digo yo que, ya en la posición á que usted ha llegado como jurisconsulto, abandone las leyes, porque á quien se ha elevado mucho se le ve de todas partes, cualquiera que sea el campo sobre el que se halle. Pero ¿por qué no había usted de aspirar también á ceñir los más notorios laureles literaríos? ¿Por qué ha de quedarse parado en una cima quien tiene piernas para andarlas todas?

JUAN

¡Ah!, yo no..., claro que yo no. Pero, en tesis general, lo que usted dice es una gran verdad; ¡es preciso estrujar la inteligencia de todo español, exprimirla sobre la madre tierra!

NEMESIA

Una señorita que dice que la están esperando aquí.

CRUZ

Es ella; si no se le ha hecho á usted demasiado tarde...

JUAN

¡Oh, por Dios, no me llame usted grosero! Yo mismo salgo á recibirla. *Vase izquierda.*

TEODORO

Saliendo de su despacho, y des apareciendo por la izquierda.

También la pasa antes... ¡Buenos se van á poner los que llevan dos horas...!

Vuelve JUAN, *izquierda, con* MATILDE.

CRUZ

Pues ya no los presento á ustedes, y los dejo. El secreto profesional... Me permito rogar á us-

ted, querida amiga, que no ocupe al señor Álvarez Mas sino el tiempo indispensable. ¡Ya ve usted como tiene la entrada!

JUAN

¡Ah, por caridad, calle usted!

MATILDE

Le consultaré brevemente, estimándole en mucho la preferencia que me ha otorgado. Agradecidísima, Cruz.

CRUZ

Hasta la noche. *Mutis izquierda.*

ESCENA XII

MATILDE, JUAN

JUAN

Según me ha anticipado el amigo Cruz, una herencia...

MATILDE

Sí, yo tengo un tío cura, hermano de mi madre y queríamos saber quien tenía que heredarle, s mi hermano y yo, ó los otros sobrinos.

JUAN

¿Cuáles?

MATILDE

Los otros, los que tiene en el pueblo; porque... ero esto no me interesa tanto; lo que sí quisiera onsultarle urgentemente es una cosa secreta, uy grave para mí.

JUAN *cierra la puerta de la izquierda.*

JUAN

Usted dirá.

MATILDE

¿Puede el marido de una actriz prohibirla que abaje en el teatro?

JUAN

Le diré á usted; no quisiera... Bueno, la constación tendría que ser algo brutal.

MATILDE

Sí, puede, ¿eh?

JUAN

Puede, sí.

MATILDE

¡Ya se conoce quién hace las leyes!

JUAN

¡Tanto quiere á usted su arte!

MATILDE

¡Quererlo es poco! Porque lo que se quiere es que está fuera de uno; y mi arte de actriz no está fuera de mí, no; es mi esencia, mi razón de ser y de vivir... ¡Que quiera él, que no quiera, he de seguir trabajando en el teatro! ¡Me importan poco las leyes!

JUAN

Tranquilícese usted, Matilde; cuénteme usted su caso.

MATILDE

¡Ay, perdóneme!

JUAN

¡Vaya, vaya!... Quizás, por alguna circunstancia, pueda hallarse un medio... Yo la tenía á usted por soltera.

MATILDE

No se sabe que soy casada, y hasta yo lo iba olvidando. Yo he sido—no me da vergüenza decírselo á usted—bailarina; él era bailarín también, mayor que yo. Me propuso casarnos; y como es tan raro... ¡Yo sola!... Nos casamos; en

pezamos á ir por los pueblos, y me presentaba como su hermana, y yo le decía: «¿por qué no dices que soy tu mujer?» «No es conveniente», me respondía; y yo, como le tenía respeto, me callaba. Ya, una tarde, me quejé. «¿Sabes—le dije—que el señorito ese rubio que viene á los ensayos, me ha dicho que me quiere?; es necesario que des la cara, y evites...» Y, muy socarrón, me contestó: «Mujer, yo no soy más que hermano... ¡Un hermano, con celos!... ¡Habría para murmurar!...» Me dió tal asco, que me fugué aquella misma tarde, y, hasta ahora, no había vuelto á verle. Poco después, y ocultando quien era, me dediqué á la zarzuela, mudándome hasta el nombre, después á verso; subí, se olvidaron en buen hora mis sombríos comienzos..., pero ¡ese fantasma se aparece ahora para recordármelos!

JUAN

¿Le ha visto usted?

MATILDE

Sí, se presentó ayer en mi casa muy solemne; penas le conocí. Creí que iría á pedirme dinero. i es para eso, ha utilizado el arma que podía erirme más. No sé de qué vivirá; pero se presentó muy caballero... ¡Creo que se ha metido n política, y quiere ser concejal! «Ocho días

tienes de plazo—me ha dicho—para dejar la escena y marcharte á vivir conmigo»; y, entregándome una tarjeta, me dijo: «Aquí tienes tu casa; puedes llevar los muebles.»

JUAN

¡Ah, es indigno, innoble!

MATILDE

¿No ha de haber ley que me ampare?

JUAN

Que abandonara usted la escena, ¡aun!...; por irse á vivir con un hombre despreciable...

MATILDE

¡Ah, no; ni lo uno ni lo otro!

JUAN

¡Qué atracción se ve que ejerce sobre uste el teatro! Y es que el aplauso, el halago públic que nuestro nombre suene como familiar e miles de hogares, lograr que una cara sea r conocida de continuo y se vuelvan á ella l miradas... ¡Ah!, ¡la persona del artista se une tantas vidas oscuras sin ella sospecharlo, tant simpatías anónimas conquista, ha llevado á ta tos pobres espíritus un rayo de luz! ¡Como

autor dramático!... El autor, que forma ¡todo un mundo! en su cerebro, mundo que ve realizado luego, con figuras de carne, que hablan y emocionan y también encuentran el calor de todo un pueblo, y á veces de la humanidad entera, que tiene para ellas una mirada de admiración. ¡Sí, seguramente todo esto es muy hermoso! Comprendo que no consienta usted en renunciar á ello.

MATILDE

El teatro es mi hogar. El hogar, el verdadero, cosa santa, sin duda; ¡criar hijos, darse y someterse á un hombre, cifrándolo todo en él! Pero yo comprendo que no llego á mujer, soy solamente artista.

JUAN

¡Ah!, es usted mujer; pero no una mujer vulgar.

MATILDE

Lo acepto, porque no creo que sea lisonja; al contrario, las mujeres mujeres, ó vulgares, si usted quiere, tienen más valor, significación más transcendental; lo dicen los poetas, lo dicen los enamorados...

JUAN

Pero no los psicólogos, que saben penetrar un alma y sorprender su más sutil encanto.

MATILDE

Á mí siempre me aterró tan sublime trivialidad. Por eso vivo á gusto en el teatro; porque allí—aparte del amor de los hombres, que es vulgar en todas partes—, habrá gentes que no son buenas, pero la aplastante vulgaridad que llena el mundo allí se ha detenido á la puerta.

JUAN

Sí, también me explico esa nueva atracción colocarse en una esfera de arte y de belleza, más arriba del bien y del mal. Y á los hombres, aun á los que viven en ese ambiente del teatro, ¿los encuentra usted vulgares?

MATILDE

Igual, vulgarísimos... «Usted, para mí, es madre hija, amante, hermana, esposa; ¡todo en un cuerpo!» Y, otros, dicen: «Usted es el mundo entero mi rey, mi dios, mi familia y mis amigos»...

JUAN

Sí, en efecto; es lo que se suele...

MATILDE

Y si alguna variación hay, es decir: «Para usted y para mí una casa muy pequeña, muy pequeña que no cupiéramos casi ni usted ni yo; y aislada

fuera de la ciudad, fuera del campo, si pudiera ser...» ¡Fantasías sin médula!

JUAN

Y á usted todo eso le produce un efecto...

MATILDE

De pena por el que lo dice. *Créame usted; quien se recrea con esas insustancialidades—y todos los enamorados se deleitan recitándolas—tiene el fondo demasiado cerca de la superficie. Y para entregar á alguien ¡toda la vida! es preciso que ese alguien sea un pozo sin fondo ó con el fondo muy lejano, que, aunque ahondemos todos los días, no lo encontremos, y podamos vivir años y años sin desilusión, pues encontrado ya el fondo, el encanto cesa, porque siempre es barro.* Pero, vamos á ver, ¿qué, encuentra usted algún medio?...

Lo comprendido entre asteriscos puede suprimirse en la representación.

JUAN

¿De qué, de que no viva usted con ese hombre depravado, perverso, canalla?

MATILDE

Sí.

JUAN

¡Claro está! No sé cuál, pero tiene que haber lo; lo encontraré. ¡Qué abyección! En cinco años de ejercicio jamás ví un caso semejante.

MATILDE

Vea usted si soy desgraciada; un solo hombre tan infame, y fué á chocar conmigo.

JUAN

Por de pronto, hable usted á Cruz, á todo el mundo; que se sepa, que se comente y le llegue el lodo á la cara. ¡Quizás esto le haga contenerse

MATILDE

¿Cuento con usted?

JUAN

¡Con todas mis energías!

MATILDE

Que no decaiga ese entusiasmo. ¡Cuánto se lo agradeceré!

JUAN

Señora: si yo no tomase con fervor la causa de

usted, ni merecería llamarme caballero, ni hombre, ni español. Hable usted con Cruz; yo le veré.

MATILDE

Conmovida por todo. No le digo más; los cumplidos vulgares no son para momentos como éste.

JUAN

Dice usted muy bien; dejaremos que los hechos hablen. *Despidiéndola.* Señora...

MATILDE

Hasta otra vista. *Mutis izquierda.*

ESCENA XIII

JUAN, TEODORO. Después, FERMÍN. Más tarde, GÓMEZ
Al final, UN PROCURADOR y CLIENTES

TEODORO

Por la izquierda.

Don Juan: tiene usted ahí, además de á tres clientes, al procurador Serrano Vázquez, á...

JUAN

Sí, hombre; ya sé que estoy aquí para que me vapulee todo el mundo.

TEODORO

¿Quién pasa primero?

JUAN

Nadie; ya es tarde.

TEODORO

¿Eh? *Retírase por la izquierda.*

FERMÍN

Por la izquierda.

¡Pero, hombre, que hemos dado ya seis vueltas por la Castellana!

JUAN

¡Ah, sí!

FERMÍN

¡Chico!, tu novia es un encanto. ¡Qué buena compañera vas á tener, y qué madre tus hijos!

TEODORO

Saliendo por la izquierda.

Gómez se empeña en pasar.

JUAN

Sí, sí... *Á* FERMÍN. ¿Dices que?...

FERMÍN

Que es muy mujer. ¡Cómo hablaba de tí! Ha llegado á decirnos á mí y á su padre—¡ya ves, á su padre!—que tú para ella lo eras todo; su padre, su hijo, su hermano, su señor, su rey... ¿Qué sé yo?... ¡Hasta su Dios!... Y eso que es buena cristiana.

JUAN

¡También es buena cristiana!...

FERMÍN

¡Sí, también! Y cuando tu suegro le enseñaba unos balcones hermosos con papeles, decía: «No, papá; yo viviría con él, aislada de todo...»

JUAN

¡No! ¡No ha dicho eso, no! ¡No! ¡¡No!!

FERMÍN

Sí.

JUAN

¡No, por favor! ¡Dime que no lo ha dicho!

FERMÍN

¡Vaya! ¿Qué te sucede?

GÓMEZ

Por la izquierda.

Señor Álvarez, ¡por Dios, la interposición del recurso!

JUAN

Perdóneme usted. *Á* FERMÍN. Vámonos. *Váse segunda derecha.*

FERMÍN

Á TEODORO.

¿Qué le sucede?

TEODORO

No sé. Ha estado hablando con un periodista y con una actriz.

FERMÍN

¿Y por eso?

GÓMEZ

Á JUAN, *que reaparece con sombrero, etc.*

Señor Álvarez...

JUAN

Á FERMÍN.

Vamos, vamos. *Mutis ambos primera derecha.*

GOMEZ

Señor Álvarez...

Tratan de invadir la escena, por la izquierda, UN PROCURADOR *y los* CLIENTES, *á todos los cuales* TEODORO *contiene junto á la puerta.*

PROCURADOR

¡Don Juan!...

CLIENTE

¡Quién tolera esto!...

OTRO*

¡Esto no puede ser!...

TEODORO

¡Se marchó por la escalera de servicio!

GÓMEZ

¡A todos nos ha dejado iguales!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

* Este personaje y la frase que dice pueden suprimirse en la representación.

ACTO SEGUNDO

Cuarto de una primera actriz en un teatro de importancia. Puerta al foro, con forillo de corredor.

ESCENA PRIMERA

ROMERO, MENDIETA

MENDIETA

En el corredor, con ROMERO.

Se oye hasta la respiración del público; ¡negro se va usted á ver para sustituirla!

ROMERO

¡Bah!, no lo crea usted; me ha pasado muchas veces lo mismo, parecer que se iba á hundir el mundo si prescindía de una figura, quedarme sin ella, y... volverse luego el público loco por la que venía en su puesto; aunque, ¡claro!, siempre había aquello de: «Lucha con el insuperable recuerdo...»

MENDIETA

El que no se consuela es porque no quiere, don Sebastián; y usted... ¡quiere consolarse! ¡Menuda envidia nos tiene usted porque nos la llevamos!

ROMERO

¿Yo, envidia?... Á mí no me hace falta nadie, y echaría á la calle á Talma si se me pusiera tonto... Á mí déme usted conjuntos, déme usted cuadros, y, sobre todo, déme usted obras, como las había cuando usted estaba en esta casa.

MENDIETA

Es verdad que las había, y conjuntos... ¡Aunque figuras no hubiera!...

ROMERO

Bueno; usted es distinto. Usted es un gran actor y, sin embargo, se puede tratar con usted.

MENDIETA

Gracias. Pues, mire usted; nosotros llevamos conjunto, obras... ¡Usted verá, con ese autor al frente! Y, por añadidura, á Matilde Guerra... *Óyense aplausos.* ¡Eh! Esos..., esos aplausos nos los llevamos. Un primer acto de mera exposición, y

mire usted qué efecto le saca. ¡También va usted á encontrar muchas primeras actrices que metan al público en situación, así, desde el principio!

ROMERO

¡Muchas, hombre, muchas; no sea usted criatura!

ESCENA II

DICHOS, MATILDE

MATILDE

Saludando á MENDIETA.

¡Hola!

MENDIETA

Compañerita, muy bien, muy bien... ¡Es usted a única!

MATILDE

¡Á ver cómo nos acoplamos! Eso es lo importante.

ROMERO

Y también es importante que sepa yo hasta ué día puedo contar con usted... ¡Digo yo!

MATILDE

Ahora quedaremos...

MENDIETA

Despidiéndose, por ROMERO.

¡Vaya!, no quiero que me tome usted demasiado odio; hasta después.

MATILDE

Si hay tiempo...

MENDIETA

Es que me esperan.

MATILDE

No deje usted de venir luego.

MENDIETA

Á última hora.

ROMERO

Adiós.

Mutis MENDIETA.

ESCENA III

MATILDE, ROMERO

ROMERO

Matilde: yo soy un hombre que..., ya usted me conoce. Quince años llevo de empresario, y ningún cómico puede decir que yo le he suplicado nunca. ¿Que te vas? ¡Bendito y alabado! Pero yo á usted la suplico, le ruego que se quede, Matilde; no me abandone usted. Yo le daré á usted... ¡lo que quiera!; en el beneficio, el producto íntegro, y cuando salgamos á provincias, uno en cada sitio; le daré á usted, ¡me quema los labios el decirlo!, veinticinco duros diarios; la pondré á usted en el cartel con letras como el puño; se harán las obras que usted quiera, lo que usted disponga, pero. ¡quédese usted, Matilde!

MATILDE

Don Sebastián: si usted me conociera mejor, comprendería... Pero, ¡no puedo!

ROMERO

Mire usted, criatura, que sé por experiencia, calcule usted, quince años!..., que dejar que se mezcle el amor en las cosas de teatro, es meter al diablo en casa. La empresa que ha formado ese

hombre es descabellada; claro que yo se lo digo á usted por defender mi negocio, pero, ¡créamelo usted!, que es la verdad, Matilde, y la hablo á usted como si fuera usted mi hija. ¿Que él escribirá obras para usted y á propósito..., y que tiene talento? No lo dudo; pero él se cree más autor de lo que es, y los demás lo creen más también; no está formado del todo todavía, le haría falta reposo, trillar más el camino. Y, además; ¿pero no lo sabe usted ya, criatura, con el tiempo que lleva de teatro, que basta que un autor ponga todo su empeño y todos sus cinco sentidos en hacer un papel para que resalte Fulano ó la Mengana, para que sea precisamente en el que se hunda?

MATILDE

¡Vamos!, don Sebastián; dejemos esta conversación. Me hace usted sufrir; si yo lo comprendo, si yo estoy con usted...; ¿dónde mejor? Pero, no puedo, no puedo... No es el amor, ¿eh?; me injuria usted...

ROMERO

¡Bah, bah, bah!... ¡Hija mía!

MATILDE

No; si le perdono.

ROMERO

Gracias; pero, ¡estamos hablando de cosas serias! Es que yo... las cogería á ustedes las que se enamoran de autores ó de cómicos ó de algo del teatro, y ¡las daría de golpes en la cabeza, hasta que se les abriera á la luz!... Y ¡á ellos, también!, ¿eh? Por eso yo, en tantos años, de telón adentro... El amor, que no lo alumbren las candilejas, ¿sabe usted? Mi mujer no viene al teatro más que cuando alguna amiga le dice que la obra es buena ó que la hacen bien; y, para eso, la hago que pague su localidad, para alejarla de este ambiente. ¡Si yo á usted pudiera convencerla de que la conviene más!... *Aparece* JUAN. ¡Bah! El enemigo... ¡Qué mirada! Es tonto machacar en hierro frío. *Mutis.*

ESCENA IV

MATILDE, JUAN

MATILDE

No, Juan, no lo hagamos, no; aun estamos á tiempo.

JUAN

¿Qué te ha dicho ese hombre?

MATILDE

Nada; procura que me quede. ¿Te parece mal?

JUAN

No; pero... según á qué artes recurra. ¿Qué te ha dicho?

MATILDE

Nada; que no vaya en la empresa que tú has dispuesto; que me quede aquí, que me dará veinticinco duros, íntegros los beneficios, y me anunciará con letra grande.

JUAN

¡Ah!, señal de que le produces más. ¡Restituirte una pequeña parte de lo que te quita!... Y te lo habrá propuesto con cierta gallardía... ¡Logreros!

MATILDE

Es que, Juan, también, un artista bien colocado en una empresa organizada ya, da de sí infinitamente más...

JUAN

Eso es creer que yo no he podido organizar bien la nuestra.

MATILDE

No, Juan, no; si tú no puedes haber hecho nada mal. Es que, mira; me ha indicado también, me ha dicho claramente, que yo te quiero, y...

JUAN

Y ¡es verdad! Pero ¿es que no aciertan á separar la idea de amor de la de pecado, no saben unirla á la de respeto? ¿No comprenden que se pueda querer á una mujer y ponerla más alta que nuestro deseo? ¿Quién les publica á ellos de qué clase es nuestro amor?

MATILDE

¿No seremos nosotros mismos, Juan? Yo, comprenderás...; también temo á mi marido.

JUAN

¿Á ese reptil?...

MATILDE

Sí, un reptil; y tú un hombre arrogante. Pero, si le pones el pie encima, aunque lo aplastes, quizás tú lleves la muerte con la mordedura.

JUAN

¿Por qué?... Si, desde el primer momento, he sabido, con arrogancia, como tú dices, vencerle

siempre sin que él... Cuanto he pretendido, logrado está; que te dejase trabajar en el teatro, que no fueras á vivir con él...

MATILDE

¡Ah!, si yo no te quisiera, Juan, no tendría de mujer, nada! Es admirable cómo has sabido luchar contra ese taimado, despreciando las armas..., la hipocresía, el engaño..., yendo hacia él altaneramente y sin precaverte.

JUAN

¡Como hay que ir! No soy tan débil que necesite ser desconfiado. ¿Ya no encuentras vulgar el amor de los hombres?

MATILDE

Ya no; tú me has hecho mujer, y ¡de qué modo!

JUAN

Pero, siempre una mujer excepcional.

MATILDE

Te lo parezco, porque me quieres. ¿Me quieres?

JUAN

Te quiero de una manera impetuosa, avasalla-

dora; á mí mismo me arredra, cuando recapacito sobre ella, la fuerza de esta pasión.

MATILDE

Sigue...

JUAN

Sentí, de pronto, por tí este amor desordenado, que es el único, entiéndelo bien, el único que se aviene á mi espíritu, que no es vulgar. Tú me agitas hasta el frenesí, sacudes mis nervios potentemente, eres una fuerza vibrante que ejerce sobre mí una atracción incontrastable; es increíble la pujanza de este cariño irregular, bohemio, fuera de las leyes, sobre ellas, pintoresco, que lo olvida todo... ó desprecia lo que no olvida, lleno de sorpresas, encantos y gracia sin límites, como lo está toda tu persona.

MATILDE

¡Juan, Juan...!

JUAN

¿Qué, mi amor?... Escucha: para unirnos más sólo hay el obstáculo..., tu marido; y he pensado..., he formado todo un plan jurídico; no en balde soy abogado. Haré—lo lograré, sí—haré que él y tú os nacionalicéis en Francia, para ob-

tener el divorcio, y, una vez libre, te casarás conmigo. ¿Qué? ¡No te produce mi plan el entusiasmo que yo creí!

MATILDE

¡Sí, sí! Pero..., es que... ¿tú crees que así queda el asunto resuelto en absoluto?

JUAN

Pues ¿qué más puede quedar?

MATILDE

Nada, es que decía yo... Sí, cuando tú lo dices...; ¡claro!, tontunas mías... Pero...

JUAN

¿Qué?

MATILDE

Que si la gente..., ¿entiendes?, aquí en España, con eso de una divorciada que, viviendo el primer marido, se vuelve á casar con el...; si les parecería bien casada con el segundo...

JUAN

¿Por qué no? Las leyes, ¿no se escriben para nada?; y, si una persona se somete á las leyes

del estado francés, ¿será inmoral que se deje gobernar por ellas?

MATILDE

¡Ah, no, no! Juan, perdóname. ¡Qué cosas te digo!, ¿eh? Si todo lo que tú dices está bien; decir tú una cosa, y ser verdad, es igual.

JUAN

¡Ya verás, ya verás! Unidos por el amor y el arte, mis dos pasiones; es decir, mi única pasión, porque el teatro y tú sois una misma cosa, polos de un mismo eje, el de mi existencia.

MATILDE

¿Sí?

JUAN

Sí; todo concretado en tí. ¡Ah!, al abrazarte, abrazo al mundo, mi mundo personificado en la más deliciosa de las formas. Tres obras mías he logrado ver estrenadas, y cuatro años hace ni pensaba en ser autor; las tres, con éxito progresivo, y ¿no ha crecido al mismo tiempo nuestro cariño?

MATILDE

Sí.

JUAN

Y ¿no ha de seguir, adelante siempre? Mira; ¿no somos jóvenes, no nos queremos, no estamos aclamados por el público, buscados por las empresas? ¡Oh, que viniera ahora tu marido á arrancarte de mis brazos!

ESCENA V

DICHOS, MARQUÉS, LUISITO. Cuando se indica, SEGUNDO APUNTE y DONCELLA

MARQUÉS

Dentro.

Dice usted que el cuarto número uno; y ¿está muy lejos? *Sale, con* LUISITO.

LUISITO

Tío, si es éste. Lo pone aquí. Uno.

MARQUÉS

Si lo veo, hombre; lo veo perfectamente.

MATILDE

Señor Marqués; ¡qué amable! Nunca me olvida.

MARQUÉS

¿Yo, olvidarla á usted? Sería renegar del buen gusto de cien generaciones de antepasados míos, que todos han vivido antes que yo, y me han legado su delicadeza.

MATILDE

¡Siempre galante! *Presentándole.* El señor Marqués de Benafarces, ilustre diplomático hoy jubilado.

MARQUÉS

Sí, hijo mío, jubilado; estos malhadados gobiernos se atreven á llamarle á uno inútil por real decreto, con una facilidad...

MATILDE

Ha representado á España en las naciones más poderosas; conoce medio mundo, y hoy, por lo visto, ha venido á admirar la obra de usted.

MARQUÉS

¡Ah!, sí; á admirar...

JUAN

¡Honradísimo!

MATILDE

Presentándole.

El señor Álvarez Mas, autor de la comedia que estamos representando.

MARQUÉS

¡Ah, sí; de la comedia!... ¡Admirable! ¡No sé cual acto me gusta más!

LUISITO

Al MARQUÉS.

Tío: que lo primero era una pieza aparte...

MARQUÉS

¡Ah!, sí; una pieza aparte... ¡Sí! Digo que no sé cuál me gusta más, si éste que he visto ó los que quedan; porque, como no los he visto...

JUAN

Sí, desde luego; imposible...

MARQUÉS

Orgulloso de estrechar su mano; yo en el Extremo Oriente era amigo de muchos autores dramáticos.

JUAN

Marqués, conmovido.

MARQUÉS

Por LUISITO.

Este joven es mi sobrino, ¿sabe usted?; tengo el gusto de presentarle á ustedes... Ese sobrino

que nos sale á todos los que no tenemos hijos, y disponemos... ¡Ya usted me entiende!

JUAN

Sí, sí...

MARQUÉS

Pero, es buen chico. Hace cosas que no se explican en su situación; no quiere que monte en automóvil, me aconseja pocos médicos y ninguna medicina, aire libre...; ¡muy desinteresado!

MATILDE

Muy bien, joven; muy bien.

LUISITO

Mi mayor placer es acompañar á mi tío.

MARQUÉS

Verdaderamente, no sé cuando cumple con las expansiones propias de su edad. Ya me han dicho los del Biplano Club que la comedia de usted es preciosa; que no le había hecho falta más que un tiro á tiempo ó un poquito de adulterio, aunque con mucha religión, para no alarmar... ¡Usted ya me entiende! Y ¿se ha asociado usted con algún otro autor para escribir la obra? Ya sabe usted lo que dice el lema del escudo de

Bélgica: *L'union fait la force*; que quiere decir: «La unión hace la fuerza.»

JUAN

No, señor; me he arriesgado yo solo.

MARQUÉS

Muy bien; los autores chinos nunca colaboran.

JUAN

No, además, señor Marqués, es que yo conceptúo la colaboración una cosa grotesca. En arte, cada pensamiento escapa por su lado, y querer atar dos es pretender juntar con un lazo el vuelo de dos mariposas.

MARQUÉS

Exacto; eso he dicho yo siempre respecto á las colaboraciones; las artes, los pensamientos, las mariposas... ¡Exactísimo!

SEGUNDO APUNTE

¿Empiezo, señora Guerra?

MATILDE

Sí, empiece usted.

SEGUNDO APUNTE

Pues, ahora mismo. *Mutis.*

MATILDE

Ustedes me permitirán...

MARQUÉS

Yo me retiro...

MATILDE

No; si sigo hablando con ustedes; es un instante. *Pasa al tocador. Llamando.* María.

DONCELLA

Aquí estoy, señorita.

MATILDE *ultima su tocado.* LA DONCELLA *la ayuda.*

MARQUÉS

Sí, señor... Álvarez. Yo admiro mucho á los artistas; no sólo, como otros, á los que tienen talento. Yo admiro más á los que no lo tienen; porque ser artista y no tener talento, ¿no es más admirable?

JUAN

Sí, es verdad.

MARQUÉS

¡Claro que lo es! Y me gustaría protegerlos á todos. Yo sería, para los artistas, todo un siglo de Augusto.

MATILDE

Desde el tocador.

¡Ya casi lo es usted, marqués!

MARQUÉS

¿Se refiere usted á las fiestas literarias de la marquesa? ¡Bah!, eso no vale nada...; que ustedes toman parte en ellas, leyendo versos ó escenas..., ¡eso no vale nada! Yo gustaría de una protección más eficaz. Usted *Á* JUAN tiene que concurrir á nuestros salones; la marquesa quedará encantada. Á la marquesa la entusiasman los autores, auuque sean en prosa... Se ve que no es de mi siglo; á los hombres de mi tiempo no nos gustaban más que los poetas. Eso de encontrar tantas palabras que acaban igual, es maravilloso; caído, aborrecido..., casado, fastidiado, engañado...; ¡maravilloso, maravilloso!

JUAN

Tendré verdadero honor, señor marqués, en acudir á sus salones, al regreso de nuestro viaje

MARQUÉS

¡Ah!, ¿se va usted... de viaje? Y ¿adónde? Será... fuera de Madrid.

JUAN

Á una excursión artística; dirijo una expedición por los primeros teatros de provincias, contando con el primer actor señor Mendieta, uno de los prestigios de nuestra escena, y, sobre todo, con el poderoso aliciente de la señora Guerra.

MARQUÉS

¡Ah!, ¿nos abandona usted, ingratona? ¿Usted? ¡Ella, que en nuestras fiestas artísticas es el *clou;* es decir, el clavo!

LUISITO

Tío: no traduzcas, que el señor Álvarez Mas es literato...

MARQUÉS

¡Ah!, y traduce del francés... ¡Claro!, cuando escribe para el teatro...

SEGUNDO APUNTE

Señora Guerra...

MATILDE

Pasando del tocador al foro.

Hasta ahora mismo, ¿eh? *Mutis.*

MARQUÉS

¿Adónde va tan aprisa?

JUAN

Á escena.

MARQUÉS

¡Ah!, será una escena... rápida. Entonces, es que ya ha empezado el acto.

JUAN

Hace rato, sí.

MARQUÉS

Bueno, no importa. Á mí me gustan más los los entreactos. ¡Ah!, los de algunas comedias son interesantísimos... ¡Se ve un público!... ¡Ah!, pero..., es verdad, que ésta de esta noche es de usted; serán deliciosos también los actos. *Despidiéndose.* Vaya usted, desde luego, los miércoles á casa; y si se le ocurriera á usted... ser diputado, por ejemplo, la marquesa le presentará á usted al Ministro de la Gobernación y al Presidente... La marquesa, ¡ah!, es admirable, ¡para hacer di-

putados!... ¡Ya tiene hechos nueve, con varios ministros! *Á* LUISITO. ¿Vamos, niño? LUISITO *le coge del brazo.* No me cojas, como á un ciego... ¡Es la única manía que me fastidia de este pequeño! Vamos; ¿no ves que veo? ¡Yo veo que veo!

Mutis MARQUÉS *y* LUISITO.

ESCENA VI

JUAN, FERMÍN

FERMÍN

Pero, ¡hombre!, Juan... ¡Dos horas en el café!...

JUAN

¡Ah, sí; dispensa, hombre!

FERMÍN

¡Eres imposible! Bueno no acudir á las citas cuando al que le interesan es al otro, pero cuando es á uno mismo, no lo comprendo. Y no me llames mal hermano si me vuelvo á marchar de Madrid dejándote los asuntos tan embrollados como los tenías cuando vine.

JUAN

¡No, por Dios!...

FERMÍN

Metes tu dinero en cosas que no entiendes, y de esa empresa en que vas á meterte, no sé cómo podrás salir; además, gastas sin tino... y luego... no ganas nada; porque, por lo visto, cuando el bufete empezaba á producirte, lo dejaste por el teatro, y el teatro no te produce.

JUAN

Me empieza á producir ahora.

FERMÍN

Sí; todo produce, pero es cultivándolo; y no arando de tierra en tierra y sembrando de un campo en otro, sin pararse á recoger la espiga de ninguno.

JUAN

Sí; tenemos que hablar de asuntos, sí.

FERMÍN

Pero yo no puedo quedarme en Madrid indefinidamente.

JUAN

No; si, de todos modos, tendrás que esperar á que se resuelva la instancia que has presentado á nombre de los bancos agrícolas.

FERMÍN

¡Qué locura! ¡Esperar en España á que se resuelva un expediente de trascendencia para la la producción nacional!... Pero, ¿tú crees que estoy en Babia? Ha habido hoy carta de mamá.

JUAN

Trae. FERMÍN *le da la carta, que* JUAN *lee.* ¡Pobre mamá! Le inquieta mi porvenir... Que no he debido abandonar el bufete... ¡Pobre mamá!... Y que no debo entretener más tiempo á Adoración, si no he de casarme con ella.

FERMÍN

Opino lo mismo; es inhumano.

JUAN

Calla, hombre, calla; es que ni mamá ni tú sabíais que eso estaba resuelto.

FERMÍN

¿Cómo?

JUAN

Recibí hace días una carta de ella, dando por terminadas nuestras relaciones, y advirtiéndome que por nada modificaría su resolución.

FERMÍN

Y ¿te parece honrado que hayas dado lugar á eso?

JUAN

¡La ruptura es por causa de ella!

FERMÍN

¡Juan! ¡Acusarla, encima, de!... ¡Ah!, eso es canallesco. *Aparece* ROMERO. Bueno, me voy; mejor es que haya venido gente. ¡No hablemos ya de esto en nuestra vida; te lo suplico, en nuestra vida! *Mutis.*

ESCENA VII

JUAN, ROMERO

ROMERO

No le guardo á usted rencor; pero, vamos á ver, ¿se encontraría algún medio?...

JUAN

¿De evitar nuestra excursión? Ninguno; no se canse usted, Romero.

ROMERO

Usted estrenará aquí todas las obras que quiera, con el reparto que usted exija; le pagaré á

ısted más derechos que á los otros, sin que se ıntere la Sociedad de Autores...

JUAN

No, Romero, no. Eso es tan inevitable como i ya hubiera pasado; no se moleste usted.

ROMERO

Bueno, bueno; pues, ya que se ponen ustedes rreductibles...

JUAN

¿Qué, tenía usted ya pensado algo?

ROMERO

¡Pts! Hay que prever, y, por si acaso, había enido la galantería de enviar á Asunción Salazar y á su marido un palco entresuelo para esta noche; como es función regia... ¡Y cerquita del del Rey, y todo; que se lo he mandado! Voy á verla; con permiso. *Mutis.*

ESCENA VIII

MATILDE, JUAN. Después, MARQUÉS y LUISITO

MATILDE

Por ROMERO.

¿Aun insistía?

JUAN

Sí.

MATILDE

Pero, ¿le has hecho desistir?

JUAN

En absoluto.

MATILDE

Juan, Juan, ¿venceremos, y, sobre todo, me querrás siempre?

JUAN

El tiempo será mi aliado; y, en cuanto á vencer, ¿qué obstáculo podrá oponerse á un entusiasmo como el nuestro?

MATILDE

Tienes razón; ningún obstáculo.

MARQUÉS

¡Admirable, admirable!...

LUISITO

(Tío, que está aquí el señor Álvarez.)

MARQUÉS

¡Ah!, está usted aquí... Perdone usted si antes e acabar su precioso acto... Pero, volveré, si sted quiere, á mi localidad hasta que termine...

JUAN

¡Oh!, por Dios, Marqués... ¡Con la intención, asta!

El SEGUNDO APUNTE *se ha presentado, llevándose á* MATILDE.

MATILDE

Voy, voy. *Mutis.*

ESCENA IX

JUAN, MARQUÉS, LUISITO

MARQUÉS

Pero ¿qué es eso, otra vez se nos escabulle?... Y ¡apenas llego yo!

JUAN

Es para las últimas escenas del acto.

MARQUÉS

(¡Si yo llego á saber que son las últimas!) Est el teatro espléndido; no se podrá usted quejar *une braise d'or*; una brasa de oro, *braise*, brasa. Están SS. MM., y todo; SS. MM., los Reyes...

JUAN

Sí, sí; ya me lo ha dicho el empresario.

MARQUÉS

Y sé que el Rey va á llamarle á usted, y todo para felicitarle. Ya pensaba, después del prime acto, que le ha gustado mucho; pero sus servido res le han advertido que no es de etiqueta entu siasmarse antes del segundo.

JUAN

¡Me va á llamar el Rey!...

MARQUÉS

¡Ah, sí!... Y el Ministro de Hacienda, que tam bién está, me ha dicho que es una obra... consi derable. ¡Ya ve usted, el Ministro de Hacienda! Se lo puedo presentar á usted, y ya verá cómo le adula...

JUAN

¿Adularme, á mí?

MARQUÉS

Naturalmente; á todo lo que brilla, á todo lo ue bulle... ¡Sí, sí, le adulará á usted mucho! Si sted lo que debiera hacer es meterse en polí- ca. Les hacen falta cerebros, mucha falta; ¡hasta e mi sobrino han querido echar mano!...

LUISITO

Sí, en efecto; han querido.

MARQUÉS

Hasta como literato, le convendría á usted...; e buscarían las empresas para que les condona- en las multas.

LUISITO

Y las viudas de los literatos, para las pen- iones...

MARQUÉS

Le premiarían obras, le comprarían ejempla- es para bibliotecas y escuelas...

JUAN

Pero, ¿usted cree que yo?...

MARQUÉS

¡Oh, usted!...

LUISITO

Si yo tuviese la edad..., ¡sí me iba á estar perdiendo el tiempo!

MARQUÉS

Lo malo para que fuese usted político es eso de la empresa de espectáculos; un diputado, por ejemplo, un miembro prestigioso de una agrupación, presidiendo por esas ferias un tinglado de diversiones... ¡Sería una grave dificultad! Está mal que los políticos procuren que la gente se divierta.

LUISITO

El tío ve muy claro, en esto.

MARQUÉS

Y en todo. Y, además, otra cosa; otra cosa... Usted va á emprender la *tournée*, vuelta, que diríamos, con la señora Guerra, que no iría acompañada de su marido...

JUAN

¡Ah!, desde luego; no.

MARQUÉS

¿Quién contiene las lenguas *maledicentes*?... Á un político español no se le permite el menor atrevimiento... ¡Á no ser recatándose!... Ni aun

casarse por lo civil; los más caracterizados republicanos tienen que recurrir al párroco... ó al arzobispo. En materias femeninas el hombre público ha de ser de una moralidad escrupulosa. No es como en materias de dinero y administrar los caudales públicos, en lo cual hay mucha más tolerancia; porque si no, ¡dónde iríamos á parar!...

LUISITO

Y, además, la tía...

MARQUÉS

¡Ah, sí; la tía, la marquesa!... Con ese bagaje; por mucho que ella hiciese con el ministro...

ESCENA X

DICHOS, CRUZ

LUISITO

¡Señor Cruz!

MARQUÉS

¡Oh, gran periodista! Ya nunca se le ve por nuestros miércoles.

CRUZ

Ya no hago crónicas de sociedad. Me limito á lo mío; y el tiempo siempre es corto. ¿Qué, Álvarez? ¿No tiene usted que darme ninguna noticia grata? ¿Persiste usted en la funesta idea de privarnos de Matilde? ¡Si llego yo á presentir esto cuando era usted abogado, no le encamino á usted al teatro, no! ¡Créalo usted!

MARQUÉS

Eso le estaba yo diciendo, que desista. Podía entrar en política, y fundar un periódico, ya que es literato.

CRUZ

¿La marquesa le apoyaría?

MARQUÉS

¡Seguro! ¡Un hombre como éste!... ¡Un autor, aunque sea en prosa!...

CRUZ

Pues no tiene usted perdón de Dios, si no lo hace.

JUAN

¿Y usted me aconseja?... ¿Usted, que me encaminó al teatro?...

CRUZ

Pues es lo mismo. Le indiqué á usted el teatro cuando triunfaba en el foro; hora, que triunfa usted en el teatro, le señalo nuevas lides en qué vencer. Es lo mismo, querido Álvarez; subir siempre, conquistar, hollar nuevas cimas...

MARQUÉS

Y, de paso, resolvería usted arduos problemas; el viajar, por ejemplo. Tendría usted kilométrico...

JUAN

¡Ah!, no es eso, no; no, Marqués; no, señores, no es eso. Si yo dirigiese mi actividad á la política, con mis entusiamos todos, como lo haría entregando á ella mi vida entera, sería para algo más grande, más trascendental. Sería para llegar hasta el corazón de mi España, escuchar su más hondo latido, observar el anhelo de su respiración y graduar el cuánto de la fatiga que la ahoga, indagando su porqué; mi vista seguiría al labriego tras de su arado y al obrero en su taller, y, aunque me agotase yo y sucumbiese, vitalizaría actividades, desentumecería organismos y ajustaría engranajes, robusteciendo el capital, fuente de la riqueza, esforzándome por regar el brazo del trabajador con la sangre vigorosa que

da una alimentación sustanciosa y abundante. ¡Qué España soñaría yo!

MARQUÉS

¡Oh, oh, admirable!

JUAN

No, lo admirable de esto, Marqués, es que todo esto es realidad, porque el político actúa sobre un cuerpo vivo, anhelante, con existencia material; mientras que nosotros, los pobres autores dramáticos, nos perdemos en nuestros propios laberintos, fraguando para nosotros mismos un mundo que no existe y que, por lo tanto, no vale la pena de que por él perdamos energías útiles.

CRUZ

Sin duda.

MARQUÉS

¡Ah! Evidente, clarividente... Es lo que he pensado, lo que he dicho yo mil veces... ¡La humanidad, que no es una ficción, como los autores dramáticos!...

ESCENA XI

DICHOS, MATILDE. En seguida, ROMERO.

MATILDE

Amigo Cruz, ¡qué tarde!...

MARQUÉS

(El entreacto; yo me retiro.) Con licencia de ustedes, ya que he perdido el acto, no quisiera perder también...

ROMERO

Álvarez: Ahí tiene usted á un caballero, de parte de Su Majestad. Creo que es para que suba usted al palco, y felicitarle.

JUAN

Voy, voy...

MARQUÉS

¿No se lo dije á usted?... ¡Hágame caso á mí! ¡Le llama á usted el Rey al palco regio; eso es..., que no es el palco escénico; porque, al llamarle á usted el Rey, que es el símbolo de la nación, es como si toda la nación entera le llamase á usted de una vez!... ¡Supóngase usted!... ¡Toda la nación!...

JUAN

¡Sí, sí; vamos, Marqués!

MARQUÉS

¿Le presento á usted al ministro?

JUAN

Preséntemelo usted.

Mutis JUAN, MARQUÉS *y* LUISITO.

ESCENA XII

MATILDE, CRUZ, ROMERO

ROMERO

¡Bien, hija mía, bien; ya está hecho! ¡Quiera Dios que no lo paguemos todos!

MATILDE

¿Ya le ha convencido á usted?

ROMERO

Si; le he visto también tan enérgico...

MATILDE

Y, si no es secreto, ¿con quién me sustituye usted?

ROMERO

Con Asunción Salazar.

MATILDE

¡Ah, muy bien! Sí, está en un palco con su marido.

ROMERO

Sí, la acabo de hablar; y, á la primera palabra... ¡No ha regateado, no! En fin, Matilde; lo dicho... ¡Que no nos pese á todos! ¿Para cuándo puedo anunciar á la Salazar?

MATILDE

Para mañana mismo, si usted quiere.

ROMERO

¡Vamos! Esto sería lo último... Que me haya puesto yo punto menos que de rodillas, y que ahora se me enfadara usted.

MATILDE

No, si no me enfado; quiero decir que cuando usted quiera, mañana mismo si usted quiere..., con tal de que sea antes del día veintidós.

ROMERO

Bueno, pues el dieciocho, si á usted le parece; y ya irá ensayando Asunción la obra nueva.

MATILDE

Sí, sí; muy bien.

ROMERO

Voy á decírselo; y... no se ponga usted la venda, que el descalabrado soy yo. *Mutis.*

ESCENA XIII

MATILDE, CRUZ

MATILDE

Ya ve usted...

CRUZ

No se ha conducido el hombre muy galantemente; pero yo, Matilde, pienso lo que él. ¿No se arrepentirá usted de esta aventura?

MATILDE

Aventura... ¡Ah!, usted también piensa que Juan es mi amante... Preferiría que todo el mundo lo creyese, pero usted no.

CRUZ

Si no lo creo; es decir, amante... Dueño, poseedor de usted, no; pero, amante, sí. Y yo daría todo por bien empleado, si fuese digno de ser su amante de usted; pero ¡no lo es!

MATILDE

¿No? ¿Por qué?

CRUZ

No por nada malo; porque es voluble, veleidoso... Hoy, ¡no me diga usted nada!, la querrá á usted con frenesí, con rabia, pero bastará un espejuelo cualquiera para atolondrarle y hacerle apartar la vista de usted, y entonces...

MATILDE

No, le juzga usted mal.

CRUZ

He aprendido á conocerle bien; siguió muy al pie de la letra mi consejo de dirigir su actividad por otros rumbos, y aun fué más allá de lo que yo le aconsejé, porque renunció á su carrera, habiéndole yo dicho lo contrario.

MATILDE

Me llena usted de espanto...

CRUZ

¡Pobre Matilde!... Cuando yo me atrevo á producirle á usted un dolor... ¡Ah!, si yo tuviera poder para apartarla á usted del peligro... ¡Y he sido yo quien inconscientemente le ha acercado á usted; y ahora cuánto daría por apartarle!

ESCENA XIV

DICHOS, JUAN. Después, ROMERO

JUAN

¡Oh, admirable!... ¡S. M. el Rey, qué afabilidad...; hasta deseo de agradecerme..., sin duda! Y... ¡el ministro...!, ¡oh! ¡Ansiaba conocerme!... ¡El Marqués le ha insinuado apenas, y...! ¡Quiere atraerme!... ¡Sí, sí; quiere atraerme! (¿Será ésta mi verdadera vocación?)

ROMERO

Matilde: ¿podríamos adelantar la fecha del debut de la Salazar?; porque ahora me dice...

MATILDE

Sí, sí; ¿cómo no?... Mañana mismo...; ¡ya he dicho que mañana mismo! ¡Yo no trabajo más!

JUAN

¿Qué? ¡Ah!, la Salazar... No, no ultime usted con la Salazar. ¿Verdad, Matilde? Sí, porque Matilde, al fin alma de mujer, encariñada como está con esta escena...; y—¿por qué no decirlo?—siente miedo de mi empresa, de mi inexperiencia en los negocios...

ROMERO

Pero, ¿quién le entiende á usted? ¿Se ha creído usted que los negocios son comedias, que se arreglan como les da á ustedes la gana? La Salazar debuta el quince, ya lo saben ustedes. *Mutis.*

MATILDE

Cruz: le suplico á usted, cinco minutos...

CRUZ

Bien. *Mutis.*

ESCENA XV

MATILDE, JUAN

MATILDE

Cerrando la puerta.

¿Qué es eso; vamos, dime, qué es eso?

JUAN

¿Qué?

MATILDE

¿Abandonas nuestra empresa? ¿Por qué? ¿Es que tratas de abandonarme á mí también?

JUAN

¿Abandonarte á tí? ¿Podría hacerlo sin abandonarme á mí mismo?... Es que la vida, un impulso aun no satisfecho, me lleva á otras cosas, á más grandes cosas. Pero, irás conmigo... (¡Sí, por pesado que el bagaje sea, yo sabré vencer con él á cuestas!)

MATILDE

Contesta: ¿renuncias á la empresa?

JUAN

Aun no sé; quizás, sí. Sólo he dicho que aplacen...

MATILDE

Y ¡cuando yo te proponía meditarlo más, hace un instante, te parecía cosa necia!...

JUAN

Es que luego..., me han presentado al Rey... El Ministro... En fin, no seamos falsamente modestos entre nosotros... ¿Tú me crees con talento?... Pues, ¿no es estúpido emplear la luz de una inteligencia en alumbrar mundos pálidos, fríos,

construídos sobre el papel, habiendo tanta existencia real que amparar, tanta obra positiva que emprender?... Dirige los ojos á la plaza pública, á los campos, verás ¡cuánta vida palpitante que pide y no encuentra amparo!

MATILDE

¡Yo creí que no habrías de ver más vida que mi vida, ni oir más clamor que el de mis palabras!

JUAN

Si tu vida y la mía son la misma; pero vivamos fuera de la farsa en que hemos caído.

MATILDE

Sueñas ó deliras, y te apartas de mí. No sé por qué te alejas, pero no me atrevo á retenerte.

JUAN

No me aparto de tí, Matilde; te uno más á mí, y fuera del teatro, donde todo sea verdad, realidad...

MATILDE

No, no; te apartas. Y, ¿por qué, Dios mío?; ¿por qué?...

JUAN

¡No; te quiero llevar conmigo, adonde está mi vida...! ¡Conmigo!... ¡Pero es que mi vida está en otra parte, en otra parte!...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación en que, por único mueble, queda una silla.— Las paredes, sin nada, excepto un plano, mapa ó anuncio que, clavado con chinches, se ve en la del foro.— Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DONA PATRO, TEODORO. Al principio, un ESCRIBANO, un ALGUACIL y un MOZO, que no hablan.

Al levantarse el telón, el MOZO *se lleva, cargado, un mueble, desapareciendo por la derecha. Síguenle* ESCRIBANO, *que llevará barba recortada, y* ALGUACIL.

DOÑA PATRO

Al MOZO.

¡Cuidado, cuidado!...

TEODORO

Si ya no va usted á volver á verlos...

DOÑA PATRO

No importa; pero, es como un hijo, que se lo llevan...

TEODORO

Yo no comprendo que se quiera así á las cosas, habiendo tantas personas en el mundo que no las quiere nadie.

DOÑA PATRO

¡El alma parece que me han llevado! Y, además, no tengo ni donde hacer la comida.

TEODORO

Ni comida que hacer tendrá usted tampoco...

DOÑA PATRO

¡Así el que metió á don Juan en esto del periódico se viera empapelado, y fuera yo el escribano!

TEODORO

Y el caso es que el periódico iba bien; no fué mala idea. Lo que es es que hay tantos...

DOÑA PATRO

¡Los mismos había cuando se les ocurrió á ustedes éste!

TEODORO

No; á mi, no. Pero, los corresponsales son los que han matado el periódico... ¡Si yo cogiera al de Ávila!

DOÑA PATRO

Tan ricamente, señor, como podía haber estado con sus comedias, ó con la abogacía, ó que hubiese terminado la carrera militar, ó haberse quedado en el pueblo; pero, ¡ni lo uno ni lo otro ni nada! ¿Quién le mandaba á él meterse á hacer un periódico?

TEODORO

Eso no, doña Patro; los hombres deben tener iniciativas.

DOÑA PATRO

¡Vaya una iniciativa! Eso se le ocurre á todo el mundo. ¡Á ver á qué pollo de quince á veinte años no se le ha ocurrido fundar un periódico!... Tuve yo una vez un huésped que, á cada cambio de estación, echaba á la calle uno nuevo; y, como los primeros números siempre se venden, por curiosidad, sacaba para hacerse un traje y un gabán, no pagaba á la imprenta, y... ¡hasta el otro equinoccio!, como decía él. El periódico es un negocio como otro cualquiera, y hay que enten-

derlo. Á don Juan en los únicos negocios en que le ha gustado meterse siempre, ha sido precisamente en los que no entendía.

TEODORO

El caso es que á mí me ha desbaratado don Juan; me hizo renunciar mi destino, teniendo ya cinco mil reales de plantilla, y ahora en casa no quiera usted saber como nos vemos...

DOÑA PATRO

Con menos muebles que aquí, no será. Yo no puedo, yo no puedo... Mucho quiero al señorito; pero la vejez anda cerca, y adonde ve miseria entra más pronto; que... quita la casa de huéspedes, para venirte á gobernar la mía; que me voy á casar, y á la señora... quizás yo no la guste; que ya no me caso, pero me voy á hacer autor y tengo que entregarme un poco á la bohemia, y aunque vea usted juergas en casa, cállese, y pase por carros y carretas; que ahora ya no quiero ser autor, y que me presento diputado y me hará falta, como á todo el mundo, un periódico para defenderme á mí mismo... Y, á todas éstas, cuando podíamos reunir dos reales, tirándolos con mucha fantasía, para buscarlos en otra parte... ¡No, no, don Teodoro; yo no soy su madre, y tengo derecho á defenderme! Á su madre precisamente le he escrito, que la debo mucho á la

pobre señora; y me ha contestado que llevo la razón, que ahí tengo la carta en el baúl. Usted hará lo que quiera con sus hijos y su mujer; pero, yo...

TEODORO

No, yo también... Y, si ayer no le han sacado diputado—que por lo que dicen los periódicos no se puede saber, que viene muy confuso lo de ese distrito—, yo acepto lo que me ofreció su hermano don Fermín: «El día que le falte á usted el pan con mi hermano, venga usted conmigo; y hasta puede usted quedarse en Madrid, si le conviene, en la central que estoy estableciendo del Banco Agrícola.»

DOÑA PATRO

El pobre remedia en lo que puede las fechorías de su hermano. Y usted, si le han hecho diputado, ¿se queda?

TEODORO

Entonces, sí.

DOÑA PATRO

Pues, yo, menos; cualquiera le aguanta la fantasía. Es un hombre que mientras mejor le salgan las cosas más temible será. *Llaman.* ¡Él! ¡Dios mío, cuando se vea sin muebles!...

TEODORO

Yo, en cuanto le abra, me escabullo. *Mutis derecha.*

ESCENA II

DOÑA PATRO, JUAN

JUAN

Derecha.

¡Eh! ¿Qué es esto, señora Patro; Patro, qué es esto?

DOÑA PATRO

Un alguacil y un escribano; y el prestamista, ó lo que sea, que compró los muebles en la subasta judicial; que ya no pueden esperar más y que... ¡y que se los han llevado!

JUAN

¡Canallas!

DOÑA PATRO

Eso les he dicho yo...

JUAN

¡Ah!, ¿usted les ha dicho?...

DOÑA PATRO

Y mucho más al escribano, qne es ese de la barbita que tantas veces se ha encerrado con usted en su despacho, cuando era usted abogado, y después salía tan contento como si le hubieran dado dinero...

JUAN

¡Oh, repugnante!...

DOÑA PATRO

Que si el otro no esperaba; que si la venta era... irrevocable; que si usted, mejor que nadie, sabe las leyes... Que en el fondo, más que nada, es que usted se descuida, y no hace caso...

JUAN

¿Descuido?... ¡Sí, sí! ¡Ah!, le ha salvado el que yo no estuviera aquí; créame usted, doña Patro...

DOÑA PATRO

Ronca me he quedado de gritarles; pero, cuando ví la invencible, me caí en esa silla, que yo creo que por eso la han dejado, y ví como se los llevaban, igual que si se llevaran á uno de los míos pies pa alante.

JUAN

¡Oh, oh! ¡Si no saliera diputado!... ¡Si me ven-

cieran! ¡Las entrañas me desgarrarían esos buitres!... ¡Ah!, pero saldré, saldré, y mi persona será sagrada para esos perros, con quienes he vivido tantos años.

Preséntase FERMÍN *por la derecha.*

DOÑA PATRO

(¡El hermano!... ¡Bueno le va á poner!...) *Mutis izquierda.*

ESCENA III

JUAN, FERMÍN

FERMÍN

¡Oh!, llegó ya el desastre... ¿Sucumbiste tan pronto?... ¡Has resistido aún menos de lo que yo temía! Cerca de los cuarenta años, cuando los hombres han llegado á consolidar su situación, tienen casa, posición determinada y un camino recto que seguir; tú...

JUAN

Aún no sabemos si esto es la derrota ó un accidente del combate.

FERMÍN

La derrota la llevas en tí; nunca ganarás bata-

la definitiva, que cada vez luchas con armas diferentes, y no hay vida para aprender á manejarlas todas. Pero, no quiero afligirte más; ¿quién se ha llevado tus muebles, dónde es posible rescatarlos?

JUAN

No, déjalo.

FERMÍN

¿Qué he de dejar? Dime.

JUAN

Me los ha rematado Félix Martín, el prestamista que hay en el once de esta calle. *Medio mutis derecha* FERMÍN. Escucha, Fermín, escúchame; no quiero que vayas como quien va á redimir á un loco. Te juro, te hablo con lealtad..., no lo creerás tú, pero ¡he aprendido á vivir! ¡Quizás tarde! Pero, no..., no es tarde. Sí, tienes razón; es preciso concretarse, reducirse. Todas las noticias son de que me han elegido diputado. Seguiré en la política; llegaré... á donde llegue, pero no dejaré mi camino para emprender otro. Y en los afectos, igual; tú has visto como he seguido fiel á mi amor por Matilde Guerra y en varios meses en que ella se ha mostrado esquiva no he tratado sin embargo, de sustituir el suyo por nuevos amores, y hasta creo haber logrado reconquis-

tarla por entero, que la veo muy interesada en mi elección. Y eso que siempre me han dicho el Marqués y los demás amigos, y es cierto, que esa mujer constituirá para mí una rémora, un entorpecimiento. Ya ves, vuelvo sobre mi propia vida, Fermín; ya no soy el hombre exuberante en proyectos, que huye del bien que tiene para buscar el que supone.

FERMÍN

Pero, ¿y si no te han elegido diputado?... ¡Todo eso se desmorona!

JUAN

¡Oh!; sí, sí.

FERMÍN

¿Por qué sí? ¿Y si no?... ¿Qué vas á hacer? El rico era papá, y ya partimos su herencia. Á la muerte de nuestra madre, nada nos quedará. ¿Qué harás, dí?

JUAN

¡No me atormentes con tu pesimismo! ¿No hay que conceder nada á la buena suerte que nunca me faltó?

FERMÍN

¡La buena suerte!...

JUAN

Sí; no me ha de abandonar en este momento supremo, angustioso, precisamente cuando estoy arrepentido.

FERMÍN

¡Arrepiéntete, amedréntate; así la lección te fuera provechosa! *Mutis derecha.*

JUAN

¡Oh!, sería horrible, horrible...

ESCENA IV

JUAN, MARQUÉS. Al principio, TEODORO

TEODORO

Por la derecha.

El señor Marqués de Benafarces.

JUAN

¡Ah! *Precipítase derecha, volviendo abrazado al* MARQUÉS. *Mutis derecha* TEODORO. ¡Otro abrazo, Marqués, otro abrazo! Usted no puede suponer... ¡Oh!, estoy... ¡No puedo respirar, ni hablar!... ¡Perdóneme usted! ¡Marqués, Marqués!... ¡Diputado, diputado!

MARQUÉS

Sí, hombre, sí; es usted diputado. ¡Pero, si eso debía usted tenerlo *scontato*, que se dice en la Ciudad Eterna! (Pues, señor, por más que me esfuerzo, no veo los muebles por ninguna parte. ¡Esta vista mía, aunque me empeñe yo!...)

JUAN

Siéntese usted, Marqués.

MARQUÉS

No, si no venía más que á decirle á usted eso; que es usted diputado. *Se sienta.* Pero usted, ¿va á estar de pie?

JUAN

Sí, sí...

MARQUÉS

Amigo mío: se inicia para usted una era, eso es, una verdadera era, de poder y de riqueza.

JUAN

¡Ah, de riqueza!...

MARQUÉS

Vamos, vamos; yo soy de confianza, y conozco el sabio proverbio parlamentario que dice: «Cada acta vale un millón, y si es de oposición mucho

más del millón.» Yo, además, le aconsejo á usted que se meta en asuntos de Hacienda, que yo para la Hacienda le puedo proporcionar grandes pensamientos; un monopolio de los garbanzos... ¿Qué le parece á usted que el Gobierno monopolizara los garbanzos? ¡Ya casi nos los tiene monopolizados!... ¡Qué fuente de riqueza!, ¿eh? ¡Se usan más que las cerillas! ¡Ah!, y otra cosa; recargar los impuestos á los teatros... ¡Ya ve usted qué idea más original! Usted puede redondearse con la diputación, amigo mío; *l'arrondissement*...

JUAN

Marqués, Marqués; si no fuera usted el que me dijese...

MARQUÉS

Vamos, no sea usted niño. ¡Ah!, y si de pronto le hiciera á usted falta alguna cantidad...

JUAN

¿Yo? ¡Qué locura!

MARQUÉS

La Marquesa ha pensado que usted, quizás...

JUAN

Pero, ¿por qué ha podido la Marquesa su-

poner?... Le aseguro á usted que mis tierras me proporcionan cuanto necesito.

MARQUÉS

Es que, aunque se tengan tierras; á mí algunas veces me ocurre... Los administradores se me retrasan...

JUAN

Pues, á mí no... Y si de momento necesitase usted...

MARQUÉS

¡Oh, por Dios!

JUAN

Perdóneme, quizás he estado petulante.

MARQUÉS

No, no, querido... Al contrario, ¡un rasgo admirable!... Se lo referiré, se lo referiré puntualmente á la Marquesa..., sí. *Levántase.*

JUAN

Pero ¿se marcha usted, Marqués?

MARQUÉS

Sí, como usted no se sienta, me ha puesto nervioso; y, además, voy á comer, ya sabe usted

que yo me alimento cada poquito, es una costumbre que se me pegó en el Asia Central. Pero, entre taco y taco, volveré á ver al ministro... Perdone usted las conversaciones familiares que... ¡Pero en aquella casa se le quiere á usted tanto!...

JUAN

¡Oh!, y yo á ustedes. Y, á propósito de familia, Marqués — usted perdone si soy indiscreto —, ¿cómo no se le ve á usted ya con su sobrino?

MARQUÉS

¡Ah!, no me lo recuerde usted; fué un disgusto horrible, horrible... ¡Se echó una amante!... ¡Ya ve usted qué escándalo; un muchacho soltero! Y... ¡con una soltera! ¡Horrendo, horrendo! ¡No se podía temer más! Ahora me acompaño de un criado, no porque me haga falta, porque veo muy claro, sino para ir charlando con él. Pero, me lo he dejado en el perchero, es decir, en la antesala.

Preséntase derecha FERMÍN.

JUAN

Marqués: ha hecho usted conmigo... ¡un imposible! Y yo no soy de los que olvidan á Santa Rita cuando está logrado...

MARQUÉS

¡Calle usted! Bastó que la Marquesa bailara

dos rigodones con el Ministro de la Gobernación... No ha habido que recurrir á Santa Rita; ¡ya ve usted, con un par de bailes!... Si acaso, á San Vito. Hasta luego.

JUAN

No; le acompaño á usted.

Mutis MARQUÉS *derecha.* JUAN *le acompaña. Queda en escena* FERMÍN, *y en seguida vuelve* JUAN.

ESCENA V

JUAN, FERMÍN. Cuando se indica, DOÑA PATRO. Al final, TEODORO

FERMÍN

¡Abrázame! ¡Vaya, hombre!... No te puedes suponer qué cavilaciones...

JUAN

¿Has salvado los muebles?

FERMÍN

Sí, dentro de un par de horas los tendrás aquí.

JUAN

Gracias, te lo agradezco, Fermín; pero, ¿lo ves, lo ves?...

FERMÍN

Sí, sí.

JUAN

Patro, señora Patro... *Llamando.* ¡Qué verdad es! Dios aprieta, pero no ahoga. ¡Cómo me ha salvado, al borde!... ¡Todo resuelto, todo, todo! *Sale* DOÑA PATRO, *izquierda.* Venga usted acá; soy diputado, diputado...

DOÑA PATRO

Enhorabuena, don Juan.

JUAN

Y por una de las cosas que más me alegro, es por conservarla á usted; que ya le puedo prometer seguridad y reposo.

DOÑA PATRO

Muchas gracias, muchas gracias; pero no puede ser, señorito. Dispénseme usted, pero he quedado en ir á la casa de que ya le hablé á usted el otro día. Es una casa tranquila, muy á propósito para mí; una señora de edad, sola, y hay dos criadas...

JUAN

¡Vamos, doña Patro...! Usted es que, como me tenía usted dicho..., ahora, por no dar su brazo á torcer...

DOÑA PATRO

¡Ay, no señor; no tengo yo tanto amor propio! Y con usted menos, porque yo á usted le quiero, aunque parezca que no. Le quiero y ¡no puede ser!...

JUAN

¡Caramba! ¿Por qué nó? Tendrá usted aquí también dos criadas ó criados, ó lo que usted quiera.

DOÑA PATRO

No, no, no, don Juan. He dado mi palabra, y soy castellana vieja.

JUAN

Bien; piénselo usted. Yo no la doy por despedida hasta que usted se haya marchado.

DOÑA PATRO

Muchas gracias; pero, está bien pensado, señorito. No puede ser. *Mutis izquierda.*

FERMÍN

Pues, no es ella sola quien te deja, Juan.

JUAN

¿No, quién?

FERMÍN

Ahora, que ya tu asunto está resuelto, quiero yo también resolver el mío. Juan: me caso; y, aunque tú locamente perdiste el derecho á ella, es una mujer con la que quiero pedirte el permiso para casarme.

JUAN

¡Adoración! Gracias; era para mí un remordimiento.

FERMÍN

Y ¿quizás un arrepentimiento?

JUAN

No, cásate tranquilo. ¡Más la mereces que yo! ¡Otros que me abandonan!...

FERMÍN

Sí; pero no podrás decir que por egoísmo, pues, para apartarnos de tí, nos esperamos á que triunfes.

TEODORO

Por la derecha.

Don Juan: ahí está la señorita, la señora Guerra. *Mutis derecha.*

FERMÍN

Te dejo.

JUAN

Ella, ella y mi triunfo....¿ Ves, Fermín? Se me prepara la vida que antes te referí.

FERMÍN *mutis izquierda.* JUAN, *derecha, saliendo en seguida con* MATILDE.

ESCENA VI

MATILDE, JUAN

MATILDE

¿Cómo estás sin muebles?

JUAN

Los sustituyo; los que había carecían de grandeza.

MATILDE

No me habías dicho nada. Voy á tener el placer de darte yo misma la gran noticia que esperas: eres diputado.

JUAN

¿También tú lo sabías? Pero, ¿por dónde lo sabes tú?

MATILDE

Tenía rogado á Cruz que me enviase las noticias en cuanto en su periódico se recibiesen.

JUAN

¿Te interesaba mucho?...

MATILDE

Mucho. Tenía puesto en ello todo mi afán, sentía angustia, lo esperaba con tanta ansia como tú.

JUAN

¡Sí, sí!

MATILDE

¡Qué descanso para los dos!

JUAN

¡No puedes suponerte!...

MATILDE

Y otra ventaja que no esperabas tú; sin carga que te agobie.

JUAN

¿Qué dices?

MATILDE

Que voy á aliviarte del fardo que te pesa, y así subirás más aprisa.

JUAN

Pero... ¡no te entiendo!

MATILDE

¡No me has de entender!... En tu nueva posición política, soy para tí una carga, no sé si grata, pero carga al fin.

JUAN

¡Pero..., pero, no creo lo que te oigo!

MATILDE

Sí; soy para tí un peso, y yo deseaba con vehemencia que llegase el momento de decirte: Me separo de tí, para siempre, ¿lo oyes?, para siempre, dejándote encumbrado, para que no puedas achacar mi resolución á los móviles rastreros á que los hombres gustáis de atribuir cuanto hacemos las mujeres; que he visto clara tu trasformación...

JUAN

¿Mía?

MATILDE

Tuya, sí; que te has cambiado, como decoración de teatro, de enamorado en ambicioso político; que no soy mujer para gravitar sobre quien pone la vista en ella y el pensamiento en objeto que cree más alto; que maldigo mi suerte que me ha hecho casada con un hombre vil y enamorada de un hombre veleidoso; y que, si un día pensé por tí, que el amor de los hombres podía no ser

vulgar, hoy para mí eres tú el más vulgar de los hombres todos. ¡Todo esto quería decirte, y hoy puedo decírtelo como pensaba!... ¡Mira si me alegraré de que te hayan elegido diputado!

JUAN

¡Tú no puedes pensar eso que dices!

MATILDE

¡Ah!, sí, lo pienso; y, lo que es más, lo siento.

JUAN

Yo he sido variable, lo confieso—no para tí, que te he querido siempre—; pero hasta las variaciones aquellas han desaparecido.

MATILDE

¡Contigo desaparecerán!

JUAN

Pero... ¡aunque cambiase yo más que la cara de la luna, y hubiese mareas en mi espíritu!..., dime, ¿no conservo tu amor más allá de todo cambio?

MATILDE

No; yo era para tí un anhelo y hoy soy una cruz sobre tus hombros.

JUAN

Matilde; eres cuanto eras.

MATILDE

La mentira sale fría de tu boca; no naciste para engañar. Tú dispusiste de tu alma para llevarla á habitar nuevos mundos; yo en los míos me quedo, actriz era y actriz seré; pasaste por mi terreno, volando de otro y hacia otro, nos hemos visto, nos perdemos de vista... ¡Ello tenía que suceder! ¡Sólo un instante podíamos coincidir! Dejo á mi viajero en buen puerto, y puedo negarme á emprender con él nuevas travesías... Puedes volar libre y ser paladín de toda clase de combates, pues en todos vences, apóstol de todas las creencias, que yo á mi arte me limito, y para él viviré como viví. Perdona si, irritada, te he dicho algo que haya podido ofenderte. ¿Quedamos amigos?

Danse la mano.

JUAN

¡Amigos!... ¡Qué frialdad de muerte pone entre nosotros esa palabra y este apretón de manos!

MATILDE

¿Irás por el cuarto alguna vez?

JUAN

Iré.

MATILDE

Que lo hagas así, y hasta el teatro; será el único sitio en que nos veamos ya...

JUAN

Y el único en que nos hemos debido ver siempre, ¿no es eso?

MATILDE

Quizás; pero, ¿para qué pensar en los fantasmas pasados?... ¡Conténtate con los por venir! *Mutis derecha.*

ESCENA VII

JUAN. En seguida, MARQUÉS

JUAN

¿Se van?... ¡Me dejan! Y... ¡cuando triunfo!... Por qué?

MARQUÉS

Dentro.

Sí, sí; no me anuncie. Por aquí; ya lo veo. *Sale derecha.*

JUAN

¡Oh!, Marqués... ¡Mi salvador!

MARQUÉS

¡Oh!, *¿salvatore?*... ¡No, no! *Lasciate ogni speranza*...

JUAN

¿Qué dice usted?

MARQUÉS

Dejad toda esperanza.

JUAN

¿De qué?

MARQUÉS

¡Ay, amigo mío! ¿Qué iba usted á esperar de un Gobierno que se ha atrevido á jubilarme?

JUAN

Pero, ¿la elección?...

MARQUÉS

¡Fracasada!

JUAN

¿Qué?...

MARQUÉS

Que en Cuadril de Abajo, en efecto, sacó usted seiscientos nueve votos contra diecisiete... ¡Ya ve usted!... Y en las dos villas, también...

Pero, hijo mío, los pueblos de lo alto de la Sierra, que son los que envían las noticias retrasadas, porque, ¡claro!, con las nieves siempre anda roto el telégrafo; pues de ahí nos han metido el embuchado, de la Sierra..., y ¡gordito! ¡Todas las secciones han volcado las cazuelas en contra de usted!

JUAN

Pero eso es imposible.

MARQUÉS

Esos pueblos, ya sabe usted... Nadie sabe escribir, más que el secretario; las actas van en blanco, y hasta á veces, para ahorrarle trabajo al pobre hombre, se hace todo en el Gobierno Civil, ¡firmas y todo!..., ¡eso es!...

JUAN

¡Pero, si yo me he presentado bajo cuerda con el apoyo del Gobierno!

MARQUÉS

Pues, bajo cuerda se lo han dado al otro, cuando les ha convenido. Por supuesto, que ha tenido que oir lo que le he dicho al ministro; pero él me ha contestado: «Ese muchacho es muy variable, es inconsciente.»

JUAN

¿Y aun me ha insultado?

MARQUÉS

Le ha puesto á usted un mote: «El Buen Español.» Ha dicho que, «así como el buen francés, ó el ruso ó el alemán ó el inglés, es una cosa, y una cosa nada más, el buen español lo quiere ser todo, y por eso ninguno somos nada.» ¡Yo siempre he dicho eso mismo!

JUAN

Sí, sí; canalla... ¿Por qué me ofreció su apoyo; á mí, á mí mismo? Y me hizo dejar... Yo, que empezaba á escribir entonces una comedia... ¿No se lo he oído yo á él, claro, terminante?

MARQUÉS

Ellos ponen carne de cañón; y no porque un soldado muera se pierde la batalla. No le llame usted canalla; aun ha tenido con usted alguna consideración: me ha ofrecido para usted un destino.

JUAN

Y ¿sabe él si yo lo quiero? ¡Nunca! De su mano... ¡Asco me daría!

MARQUÉS

Dice que, como buen español, debe usted acabar en una oficina del Gobierno. ¿Qué es España sino una gran covachuela?

JUAN

¿Y ha tolerado usted, á mi costa, esas flores de ingenio?

MARQUÉS

No, le aseguro á usted que el destino se lo ofrecía de buena gana; no bromeaba, no. Yo, ¡para las bromas!...

JUAN

Dígale que se lo agradezco mucho; pero que no acepto. Y á usted también, Marqués, le agradezco mucho...

MARQUÉS

Yo, con todo mi alma... ¡Los afectos!... Mi casa seguirá abierta para usted lo mismo que antes; aunque los acontecimientos... ¡Ya usted me entiende!

JUAN

¡Ahora sí que le entiendo á usted, Marqués!

MARQUÉS

La Marquesa crea usted que reñirá con el ministro; seguro estoy de que no baila con él más rigodones.

JUAN

Sí, sí; gracias, Marqués, de todos modos.

MARQUÉS

Pero, no se amilane usted; desengaños como éste los he visto yo en el Perú y en todas partes... *Mutis derecha.*

ESCENA ÚLTIMA

JUAN, FERMÍN. Después, DOÑA PATRO y TEODORO

FERMÍN *se ha presentado en escena, por la izquierda, un momento antes.*

FERMÍN

¡Se han burlado de tí!

JUAN

¡Ya ves! ¡Quién iba á creer que un ministro!...

FERMÍN

¿Quién?... ¡Todo el mundo! Nos pasamos la vida viendo como les hacen estas cosas á los

demás, y luego nos asombramos mucho, cuando nos las hacen á nosotros.

JUAN

¡Claro!, ahora me dirás que era yo el equivocado.

FERMÍN

Ya lo ves, radicalmente, irremediablemente.

JUAN

¡Ya, ya! ¿Pensáis que cada cual seguís vuestro camino y yo voy de uno en otro, sin llegar á parte alguna, y que, por hacer cosas distintas y muchas á la vez, he estado manoteando en el aire...

FERMÍN

Exacto.

JUAN

¿Y por eso todos me abandonáis?

FERMÍN

Sí.

JUAN

Pues no tenéis razón. *Llamando.* Patro, Teodoro. *Preséntanse los dos,* PATRO *por la izquierda y* TEODORO *por la derecha.* No soy diputado ni soy nada. *Á* DOÑA

PATRO. La permito á usted, la mando que me deje; vaya á la casa de que me habló. Y usted, Teodoro...

TEODORO

Á mí me había ofrecido don Fermín, ¡como tengo hijos!..., que me fuera con él de escribiente, si llegaba un día en que usted no pudiera darme sueldo.

JUAN

Ese día ha llegado.

FERMÍN

Ahora el sueldo tendrá que tomarlo él, de mano de un ministro traidor que le escarnece... ¡Digo!, si no le falta otra vez á su palabra.

DOÑA PATRO

Por JUAN.

¿No tendrá usted ya posición?

FERMÍN

Ninguna.

DOÑA PATRO

¿Ni posibilidad de pensar en ser nada nunca?

FERMÍN

Jamás.

DOÑA PATRO

Entonces, yo no me voy; me quedo con usted. ¡Ya estaba yo muy vieja para correr aventuras!

JUAN

No, déjeme usted; dejadme todos... Consideráis mi vida rota, fracasada?... ¡Qué poco me conocéis! ¡No contáis con el Anteo que hay en mí, que adquiere nuevos bríos cada vez que le hacen caer en tierra!

FERMÍN

Sí, déjele usted; no tiene remedio. Volverá á ser esto y lo otro, y ya anciano será cuando acabe en la oficina, de oficial quinto.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

FÉ DE ERRATAS

Página 48, línea 3: dice «entrada», debe decir «antesala».

— 52, — 10: — «un hombre», debe decir «ese hombre».

— 83, línea última: al final, falta poner *Mutis.*

— 125, — 3: donde dice «Patro, señora Patro... *Llamando*», debe decir «*Llamando.* Patro, señora Patro...»

OBRAS DE ANTONIO DOMÍNGUEZ

LA BUENA VOLUNTAD, comedia en tres actos.
EL BUEN ESPAÑOL, comedia en tres actos.
EL MAYOR ÉXITO, comedia en un acto.
¡YA SOY UN HOMBRE!, comedia para niños.

GLORIA AL VENCEDOR, cuadro trágico.

EL SEDUCTOR, sainete con música del maestro Chapí.
COLGAR LOS HÁBITOS, sainete con música de los maestros Lleó y Foglietti.
EL BATEO, sainete en colaboración con Antonio Paso, música del maestro Chueca.
EL CIEGO DE BUENAVISTA, sainete en colaboración con López Silva y Toral, música del maestro Torregrosa.
EL FRESCO DE GOYA, sainete en colaboración con Arniches y García Álvarez, música del maestro Valverde.

LA NUEVA LEY, divagación cómica.
PODEROSO CABALLERO....., engendro cómico.

LOS DOS VIEJOS, zarzuela cómica, música del maestro San Felipe.

NO MÁS NERVIOS, juguete cómico, con música del maestro Fonrat.

EL SÉPTIMO, NO HURTAR, revista con música del maestro Calleja.

¡ABAJO LOS CONSUMOS!, revista en colaboración con Pablo Cases, música de los maestros Quislant y Ruiz de Arana.

¡SOLOS, AL FIN!, entremés con música de los maestros Ribas y Ruiz de Arana.

RELATOS, colección de cuentos.

IBSEN Y BENAVENTE, conferencia.

HISTORIA DEL PAPA ABDÓN Y DE SU HERMANO GEMELO, novela editada por «El Libro Popular».

EL AMOR Y LOS MICROBIOS, novela galante.

HISTORIA DE GRACIA LA DESGRACIADA, dislate novelesco.

CUENTOS, ARTÍCULOS y POESÍAS,